

MUJERES, GÉNERO Y NACIÓN
EN LA DICTADURA DE MIGUEL PRIMO DE RIVERA

MUJERES, GÉNERO Y NACIÓN
EN LA DICTADURA DE MIGUEL PRIMO DE RIVERA

Teresa María Ortega López
(ed.)



La edición de este libro ha contado con la ayuda de dos proyectos de investigación: “La construcción de la cultura y de la identidad de Andalucía” (Programa Operativo FEDER. Andalucía 2014-2020. B-HUM-066-UGR18) y “Las izquierdas, el rechazo de las políticas sociales del franquismo y la conquista de la democracia en el mundo rural andaluz, 1963-1986” (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. HAR2017-83744-C3-2-P”).

© TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ, (ED.), 2022

EDITOR: RAMIRO DOMÍNGUEZ HERNANZ

© Imagen de cubierta: *Miguel Primo de Rivera en un acto con mujeres de la alta sociedad.*
Fondo Primo de Rivera.
Biblioteca Municipal de Jerez de la Frontera

C/ San Gregorio, 8, 2, 2ª Madrid
España
www.silexediciones.com

ISBN: 978-84-19077-99-8
Depósito Legal: M-29141-2022

Colección: Sílex Universidad-Historia

Impreso y encuadernado en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 372 04 97)

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
<i>Teresa María Ortega López</i>	
LA LARGA CRISIS DEL LIBERALISMO EUROPEO Y LOS PRECEDENTES DEL DISCURSO NACIONAL-CATÓLICO Y DE GÉNERO DEL RÉGIMEN DE PRIMO DE RIVERA	17
<i>Francisco Cobo Romero</i>	
UN MOVIMIENTO DE HOMBRES. MASCULINIDAD Y POLÍTICA DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA ...	61
<i>Nerea Aresti</i>	
LA “RAZA CAMPESINA”: MUJER Y RURALIDAD EN LOS PROYECTOS REGENERACIONISTAS DURANTE EL RÉGIMEN PRIMORRIVERISTA	89
<i>Carla Bezanilla Rebollo</i>	
HACIENDO A LA MUJER ESPAÑOLA. ANTIFEMINISMO Y ANTIFEMINISTAS EN LA CULTURA Y LA POLÍTICA DE LOS AÑOS VEINTE	123
<i>Teresa María Ortega López</i>	
REPRESIÓN Y EXILIO INTERIOR DE LAS EDUCADORAS EN LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA	155
<i>Victoria Robles Sanjuán</i>	
LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA: LA EXPERIENCIA ESCOLAR DE LAS MUJERES LIBERTARIAS A TRAVÉS DE LAS FUENTES ORALES	183
<i>Miguel Asensio Gómez</i>	

EDICIÓN, NACIÓN Y GÉNERO DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA.....	211
<i>Ana Martínez Rus</i>	
MUJERES DE CELULOIDE: MODELOS DE FEMINIDAD NACIONAL EN EL CINE DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA.....	237
<i>Marta García Carrión</i>	
MADRES SOCIALES PARA LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA: GÉNERO, FAMILIA Y SOCIEDAD EN LA POLÍTICA DE LAS CATÓLICAS	263
<i>Inmaculada Blasco Herranz</i>	
ABRIENDO CAMINO: LA EXPERIENCIA DE CUATRO DE LAS PRIMERAS CONCEJALAS Y PARLAMENTARIAS EN ESPAÑA	289
<i>Alejandro Camino</i>	

INTRODUCCIÓN

Teresa María Ortega López
Universidad de Granada

En septiembre de 2023 se conmemorará el primer centenario del golpe de estado que dio paso a la instauración en España de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. Este aniversario, a buen seguro, dará lugar a la organización de diferentes actos y publicaciones que agrandarán más aún el interés por una de las etapas más decisivas en la historia contemporánea de España por ser la precedente de todo lo que aconteció a partir de 1931 y, sobre todo, a partir de abril de 1939. A día de hoy, la bibliografía sobre los seis años que duró esta dictadura, su historia política, social, cultural y económica, es extensísima y ha seguido creciendo con el paso de los años. Un crecimiento en el que se constata toda una suerte de interpretaciones en torno al régimen primorriverista que no hace sino evidenciar la complejidad del modelo autoritario que representó.

Este libro se inserta justamente en esa corriente historiográfica novedosa inaugurada hace años por los trabajos de Shlomo Ben-Ami, María Teresa González Calbet o José Luis Gómez Navarro que nos hablaba de la “ruptura” que representó la dictadura de Primo de Rivera con las tradiciones liberales decimonónicas del régimen de la Restauración precedente, y que nos mostraba también, como señaló Alejandro Quiroga, su intento, siguiendo el ejemplo que de otras dictaduras europeas coetáneas, incluidos los fascismos, de crear un nuevo y moderno Estado autoritario en España sustentado en una base de apoyo social amplio a través de un proyecto de nacionalización de las masas. Un proyecto en el que el género se convirtió en uno de sus ejes fundamentales.

En torno a este proyecto de género gira este libro que lleva por título *Mujeres, género y nación en la dictadura de Primo de Rivera* y que ha contado con el apoyo de dos proyectos de investigación: “La

construcción de la cultura y de la identidad de Andalucía” (Programa Operativo FEDER. Andalucía 2014-2020. B-HUM-066-UGR18) y “Las izquierdas, el rechazo de las políticas sociales del franquismo y la conquista de la democracia en el mundo rural andaluz, 1963-1986” (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. HAR2017-83744-C3-2-P). Libro que recoge la profunda transformación y la modernización sin precedentes que vivió España y otras muchas naciones en el periodo de entreguerras. La “modernidad” de los años veinte generó sentimientos contrapuestos y encontrados. Nadie quedó indiferente ante aquel mundo cambiante. La modernización de la vida cotidiana y los cambios en las costumbres, en los gustos y en la sociedad en general generaron, de un lado, atracción y seducción, pero también temor y desarraigo. La descomposición del “viejo mundo” y del largo siglo XIX, la quiebra del modelo burgués, y el inusitado ascenso y protagonismo político y social de las “masas” se expresaron de una manera radical, urgente, intensamente despectiva y excluyente en muchos hombres y mujeres. El asombro y la fascinación por la “modernidad” se articularon en ellos y ellas con el descontento, las inseguridades, los miedos y las angustias, produciéndoles en ocasiones cosmovisiones críticas y atribuladas sobre su tiempo y la sociedad. La incapacidad de aprehender el sentido de las transformaciones que se estaban sucediendo, la desconfianza hacia los avances de la modernización, la desazón de lo desconocido y de lo imprevisible, fueron percibidas por amplios sectores de la sociedad como una tragedia irreversible.

Uno de los reflejos y manifestaciones más importantes de la modernidad fue el creciente protagonismo de las mujeres en la sociedad, en la vida pública. Protagonismo originado en buena medida en los años bélicos por la incorporación masiva de aquéllas al terreno laboral. Tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial, la liberación de las mujeres se afianzó en buena parte del mundo occidental. Al igual que la modernidad, las mujeres pasaron a suscitar entre los hombres sentimientos contradictorios, sorpresa y desconcierto. Frente a ellos la mujer se dibujaba como el gran enigma de los nuevos tiempos, pues, si bien por una parte representaba todo el esplendor de la modernidad, por otra no logró descargarse del peso que suponía

una tradición de siglos de preconceptos sobre lo femenino. De esta forma vamos a encontrarnos, en muchos textos de la vanguardia española de los años veinte, una doble caracterización de la mujer moderna. Los intelectuales retrataron a la mujer como símbolo o indicio de la modernidad y de sus transformaciones que reclamaba nuevas formas de expresión para una nueva sociedad, pero también la representaron como expresión de los miedos, la histeria y las ansiedades provocados por la modernización, las dinámicas democratizadoras, los movimientos revolucionarios y los conflictos sociales. Muchos consideraron a la mujer como una amenaza, como una *femme fatale*, una mujer agresiva que veía al hombre como su igual.

La sólida concepción decimonónica de la feminidad comenzó a ponerse en tela de juicio a medida que los cambios sociales iban adentrando a las mujeres en zonas y espacios hasta entonces asignados exclusivamente a los hombres. Surgieron entonces dudas acerca de lo que significaba en los nuevos tiempos y circunstancias ser mujer, e incluso se empezó a cuestionar hasta dónde era posible llegar, acercarse a la igualdad, sin extralimitarse, sin caer en *masculinismos* y sin provocar un trastorno excesivo de los guiones sociales asignados hasta ese momento a los dos sexos. La obtención del voto por parte de las mujeres y el reconocimiento de su condición de ciudadanas de pleno derecho acentuaron la angustia masculina finisecular. La idea de un enfrentamiento hombre/mujer como símbolo de las contradicciones sociales sería retomada una y otra vez durante la larga agonía del siglo XIX, especialmente cuando parecía que las mujeres alcanzaban mayores cotas de presencia efectiva en los espacios de actuación social tradicionalmente masculinos. Esta creciente presencia femenina en las esferas masculinas y el abandono de la mujer del retrato emocional clásico de “ángel del hogar” o de “heroína romántica”, sensible e indefensa, se vivieron posteriormente, en las décadas de los veinte y treinta, con un sentimiento de perplejidad manifiesta ante esas mujeres que asumían actitudes inesperadas y papeles nunca vistos.

En consecuencia, a comienzos del siglo XX, la “cuestión femenina” se convirtió en España, al igual que en Europa y América, en un asunto candente y de máxima actualidad, que atrajo la atención de políticos, de moralistas, científicos, filósofos, intelectuales y artistas por igual.

Profesionales en general que no dudaron, en un ejercicio dirigido a contrarrestar las denuncias de las mujeres sobre su postergación social y su nuevo papel trasgresor, rupturista, osado y desafiante, en retomar en muchas ocasiones los ejes principales de un pensamiento social clásico y tradicional poco favorable a la mujer y a sus reivindicaciones. Aquel que, en esencia, utilizando argumentos procedentes de la medicina y la naciente ciencia de lo social, desde posiciones naturalistas o culturales, consideraba sobradamente establecida la inferioridad de la mujer respecto a los hombres.

Sobre todas estas consideraciones gira el presente libro. Las historiadoras y los historiadores que firman los diferentes capítulos que conforman esta obra quieren insistir en ese intento claro que se articuló en la España de los años veinte para hacer frente a los cambios que, desde finales del siglo XIX, y más aún después de la Primera Guerra Mundial, se estaban advirtiendo en las relaciones de género ante el avance de un pujante pensamiento igualitario entre hombres y mujeres.

Para ello, la dictadura de Primo de Rivera, y tal y como explicará el capítulo inicial de Francisco Cobo Romero, se valió de un discurso regenerador que supo combinar el tradicionalismo católico con el pensamiento político radical de la derecha europea. Al respecto, este capítulo inserta los orígenes ideológicos, culturales y políticos que hicieron posible la instauración de la dictadura militar en el vasto panorama de transformaciones mostrado por la Europa posterior a la finalización de la Gran Guerra, un continente asolado por el debilitamiento extremo del parlamentarismo o la democracia y el auge de nuevas doctrinas extensamente movilizadoras de profunda raigambre ultranacionalista y palingenésica, interesadas en poner fin a la ineficacia de los tradicionales sistemas de partidos y acabar con la tutela hasta entonces ejercida por las decrepitas oligarquías políticas del liberalismo clásico.

Con dicho discurso, como se explicará en los capítulos de Nerea Aresti, Carla Bezanilla y Teresa María Ortega, se redefinieron las propias categorías de “hombre” y “mujer”, y se proyectaron nuevos ideales de masculinidad y feminidad que cooperaron fructíferamente con la idea de España en la construcción de identidades individuales

y colectivas, de género y nacionales a un mismo tiempo. En efecto, al anunciar el golpe de Estado de 1923, Primo de Rivera planteó su mandato dictatorial como un ‘movimiento de hombres’. Aquel era, como advierte Nerea Aresti, un llamamiento para salvar a la patria, con energía viril, del caos y el desorden social en los que, en su opinión, se hallaba sumida. Pero la crisis a la que se refería el general golpista tenía también una dimensión de género que afectaba gravemente a la propia masculinidad nacional. La empresa requería, por lo tanto, reformar, restaurar o recuperar una virilidad que había tenido su más elevada expresión en los gloriosos tiempos pasados. Los capítulos de Carla Bezanilla y Teresa María Ortega analizarán también los términos en los que se planteó dicha crisis y los proyectos destinados a su solución. Carla Bezanilla abordará la imagen que el régimen de Primo de Rivera proyectó de la mujer española a través de los medios oficiales, como pudo ser la revista *Mujeres Españolas* (1929-1931) o “Las Subsistencias”, suplemento de *La voz de la Mujer* (1917-1931). La problemática de este capítulo atenderá a la construcción de ese modelo femenino y su relación con la clase social, concretamente poniendo el foco sobre las mujeres campesinas y agricultoras españolas como imagen de la tradición y pureza nacional. El capítulo de Teresa M. Ortega analizará por su parte los discursos y las identidades que sobre la mujer construyeron y conformaron los intelectuales y los políticos españoles –liberales y conservadores– de las dos primeras décadas del siglo xx como respuesta a la universalización de las concepciones igualitarias y a la inclusión de hombres y mujeres en las nacientes democracias del entorno.

Primo de Rivera desarrolló así un proyecto ideológico de regeneración y de redefinición de las categorías de género en clave nacionalista, “masculinista”, sexista y violento con el que pretendió facilitar la formación de un poderoso sentimiento de pertenencia común y conciencia nacional. Este “nacionalismo gubernamental”, a decir por John Breuilly, con el que se pretendió crear un público nacional afín a los nuevos valores identitarios quedó desarrollado y también contestado, como mostrarán Victoria Robles Sanjuán, Miguel Asensio, Ana Martínez Rus y Marta García-Carrión, en la política que el primorriverismo desplegó en el ámbito educativo y cultural.

La escuela fue el terreno en el que la dictadura ejerció una clara represión y moralización, alcanzando con distinta intensidad a docentes y discentes. Así lo pone de manifiesto el capítulo de Victoria Robles en el que da a conocer los mecanismos que desarrollaron las educadoras (maestras, normalistas, inspectoras, directoras de centros escolares) frente a lo que fue una dictadura represiva y controladora del trabajo y la moral de este colectivo. Para ello la autora estudia, de un lado, el grado y la estructura de represión llevados a cabo por el primorriverismo sobre esta población educadora, y de otro lado, los modos que introdujeron las educadoras de rehacerse y adaptarse a la estructura compleja de vigilancia y tutela de valores domésticos y patrios. En el caso de los discentes, Miguel Asensio muestra cómo la escuela de los años veinte se estructuró como mecanismo mediante el cual insuflar a los más jóvenes los valores de regeneración y de vuelta a la tradición defendidos por la dictadura. Con ello, la educación manifestó en esos años una profunda carga política de voluntad nacionalista muy acentuada, al mismo tiempo que estructuraba roles e identidades de género muy marcados. En su capítulo, Asensio muestra las experiencias y las agencias de los grupos oprimidos, de los hijos e hijas del proletariado, frente a unos discursos dominantes que no siempre fueron totalmente integrados.

La cultura, vinculado este espacio al mundo editorial y del espectáculo, también fue un reflejo de la carga de género contenida por la dictadura de Primo. Ana Martínez Rus aborda el papel del mundo de la edición en la configuración de los modelos de género, los roles asignados a las mujeres, así como las distintas concepciones de nación. En particular analiza el impacto del movimiento editorial de avanzada surgido a finales de la dictadura de Primo de Rivera como una forma de protesta contra la férrea censura aplicada a las publicaciones periódicas, y la recepción de títulos rupturistas de autoras muy modernas, que rompían la imagen tradicional de la mujer tan del gusto del régimen primorriverista. Por su parte, el capítulo de Marta García Carrión expone cómo los años veinte, en España y en Europa, fueron un momento decisivo tanto en la consolidación del cine como industria de masas como respecto a la elaboración y reelaboración de modelos de feminidad. El estudio de las actrices de

cine, que fueron en esos años sin duda algunas de las mujeres con mayor proyección en la esfera pública, permite abrir nuevas formas de entender la configuración de la(s) figura(s) de la “nueva mujer” o “mujer moderna”, en compleja relación con las representaciones más “tradicionales”, y ligadas a la identidad nacional española, fomentadas por la dictadura primorriverista. Actrices como Raquel Meller, la primera gran estrella española de fama internacional, Elisa Ruiz Romero “la Romerito”, Carmen Viance o Concha Piquer, muchas de ellas intérpretes provenientes del teatro y la canción, que dieron con éxito el paso a la gran pantalla, representaron diferentes formas de modular los ideales de feminidad española.

Unido a todo lo anterior, la dictadura también facilitó, como explicarán Inmaculada Blasco y Alejandro Camino, nuevas experiencias relacionadas con una participación y una representación política “controlada” de las mujeres en las nuevas instituciones creadas por la dictadura. Ambos capítulos buscan emprender un análisis sobre los rasgos que definieron la participación política y las condiciones de posibilidad de la misma, durante y en apoyo a la dictadura de Primo de Rivera, de mujeres previamente implicadas en el movimiento católico en España. Inmaculada Blasco centra su análisis en las mujeres de la Acción Católica de la Mujer (ACM) que dieron su apoyo incondicional al general Primo de Rivera. Para estas mujeres de la elite y de las clases medias acomodadas que impulsaron y nutrieron las filas de la ACM, la dictadura significó la posibilidad de intervenir por primera vez en política formal. Pero también supuso, bajo el amparo del estado dictatorial, la ocasión de hegemonizar la función, claramente definida y reivindicada en los estatutos de dicha organización, de “representar los intereses de las mujeres españolas”, también en el ámbito laboral a través de la representación del sindicalismo católico femenino en los comités paritarios. Precisamente la participación de las mujeres en las instituciones políticas del país, tanto a nivel local, en los ayuntamientos, como a nivel nacional, en la Asamblea Nacional Consultiva, es lo que estudia Alejandro Camino en su capítulo. El análisis biográfico que efectúa de una pequeña selección de algunas de las mujeres católicas que fueron elegidas, como es el caso de María de Echarri, María López de Sagredo,

Teresa Luzzatti y Natividad Domínguez, todas ellas asambleístas (y las dos primeras también concejales), arroja luz sobre su agencia en una doble dirección. Por un lado, ellas aprovecharon su cargo de representantes en estas instituciones políticas para defender los proyectos de las derechas católicas; pero, por otro lado, sintieron una responsabilidad para con las mujeres españolas en su conjunto de demostrar que eran igual de válidas y capaces que los hombres para desempeñar funciones en los organismos políticos del país.

LA LARGA CRISIS DEL LIBERALISMO EUROPEO
Y LOS PRECEDENTES DEL DISCURSO NACIONAL-CATÓLICO
Y DE GÉNERO DEL RÉGIMEN DE PRIMO DE RIVERA

Francisco Cobo Romero
Universidad de Granada

CRISIS DEL LIBERALISMO, DEBILITAMIENTO DE LA DEMOCRACIA
Y RADICALIZACIÓN IDEOLÓGICA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

Con demasiada frecuencia, la Primera Guerra Mundial ha sido caracterizada como el gran enfrentamiento bélico internacional del siglo xx cuyas consecuencias alteraron de manera irreversible los modelos políticos y de crecimiento económico que habían fundamentado el desarrollo europeo y la expansión del capitalismo desde, al menos, el inicio de la segunda revolución industrial acontecida en las décadas finales del siglo xix. La Gran Guerra propició la puesta en pie de transformaciones de profundo calado en toda Europa. Incluso podría afirmarse que a partir de 1918 se inauguró una nueva etapa, presidida por el desencadenamiento de amplias convulsiones políticas, sociales y económicas, y caracterizada por la generalizada difusión de la violencia política a manos de grupos paramilitarizados e ideológicamente radicalizados, el despliegue de agudos enfrentamientos de clase, el surgimiento de modelos de dominación política estatal absolutamente inéditos y el debilitamiento extremo de las formas tradicionales del liberalismo clásico y el parlamentarismo democrático.¹

Desde los comienzos del siglo xx, aquellas naciones europeas cuyo desarrollo capitalista todavía presentaba rasgos de inmadurez o atraso intentaron adecuar sus estructuras políticas –delimitadas por la estrecha base social que sustentaba sus aparatos estatales o por la

¹ Heinrich August Winkler, *The Age of Catastrophe. A History of the West, 1914-1945*, New Haven, Yale University Press, 2015.

escasa representatividad de sus órganos parlamentarios— a los logros de la democracia y el constitucionalismo alcanzados por los países capitalistas más avanzados. Tanto en España como en Portugal, Austria, Italia, Rumania, Bulgaria o Grecia, por citar tan solo algunos ejemplos, las elites dirigentes trataron de resistir las exigencias de democratización política nacidas de la protesta protagonizada por diversos grupos sociales, mediante la adopción de programas de reformas que generalmente fracasaron.² Sin embargo, los efectos devastadores ocasionados por la contienda y los trastornos que esta última provocó sobre los sistemas políticos y económicos existentes aceleraron el camino hacia la democratización de la mayor parte de los Estados europeos.

La guerra movilizó a millones de campesinos, obreros e integrantes de una multitud de sectores profesionales intermedios ubicados en los más distantes confines del continente europeo. El sacrificio humano se materializó en la muerte de casi diez millones de combatientes. Tras esta tremenda masacre, numerosos colectivos sociales reclamaron una justa recompensa a sus respectivos gobernantes. Agrupada en torno a poderosos partidos y sindicatos de izquierda —muchos de ellos revestidos de proclamas intensamente revolucionarias—, así como en nuevos movimientos políticos altamente reivindicativos, la gran masa del campesinado y los trabajadores industriales de los países beligerantes exigió un Estado más participativo, donde se escuchase su voz y sus específicas demandas.³ Al finalizar el conflicto, tanto los más avanzados países beligerantes e industrializados —que ya disponían de modelos estatales parlamentarios con una amplia base electoral—, como aquellos otros que tan solo contaban con sistemas liberales oligárquicos —donde tan solo un reducido grupo de ciudadanos privilegiados disponía del derecho de representación—, experimentaron una aceleración en el tránsito hacia un efectivo reforzamiento

² Giulia Albanese, *Dittature Mediterranee. Sovversioni Fasciste e Colpi di Stato in Italia, Spagna e Portogallo*, Roma, GLF - Editori Laterza, 2016; Ivan T. Berend, *Decades of Crisis. Central and Eastern Europe before World War II*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2001.

³ Ian Kershaw, *To Hell and Back. Europe, 1914-1949*, Nueva York, Viking, 2015; Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, vol. I., Global War; Vol. 2, The State; Vol. 3, Civil Society, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

de los principios rectores de la democracia parlamentaria. Sin lugar a dudas, la guerra propulsó un vasto movimiento hacia la extensión del derecho de sufragio, el consentimiento legal de los sindicatos y partidos de izquierda allí donde aún no les había sido reconocido tal derecho, y la progresiva integración de la mujer y los sectores populares en los procesos electorales encargados de designar a los miembros integrantes de los órganos de representación parlamentaria.⁴

Tras la Gran Guerra se produjo una intensa fractura en la pretérita unidad del orden capitalista europeo. La Rusia Zarista, oprimida por la crisis económica, los duros reveses militares derivados de su participación en la contienda mundial y la ineficacia política y administrativa de su clase dirigente, conoció una profunda revolución, que instauró un régimen político de inspiración marxista asentado sobre un modelo económico colectivizado de carácter socialista.⁵ Asimismo, si bien es cierto que el capitalismo de mercado subsistió en prácticamente toda Europa, fue sometido a violentas agitaciones que pusieron en peligro la estabilidad misma del orden burgués dominante. Las tensiones inflacionistas, —derivadas tanto de la desmedida emisión de papel moneda para hacer frente al esfuerzo bélico como de la súbita restauración, tras la vuelta a la normalidad, de la demanda— afectaron de muy diversa forma a los grandes países de la Europa Occidental. No obstante, en casi todos los casos provocaron una agudización de los conflictos huelguísticos, sociales y laborales, así como la adopción de políticas monetarias de corte eminentemente deflacionario, que acentuaron el debilitamiento de la capacidad adquisitiva y los niveles de vida de una porción nada despreciable de las clases medias.⁶ En algunos casos, como el alemán, la hiperinflación y la grave crisis subsecuente a la severa imposición del pago de reparaciones, provocaron una situación tan frágil e inconsistente que a punto estuvo de hacer sucumbir la débil democracia de

⁴ Nicholas Doumanis (ed.), *The Oxford Handbook of European History, 1914-1945*, Oxford, Oxford University Press, 2016; Mark Mazower, *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Valencia, Barlin Libros, 2017.

⁵ Stephen Anthony Smith, *Russia in Revolution. An Empire in Crisis, 1890-1928*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

⁶ Charles H. Feinstein; Peter Temin y Gianni Toniolo, *The European Economy between the Wars*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1997.

Weimar.⁷ En suma, pues, quedó profundamente dañado el sistema de cambios del patrón oro que había preponderado en el mundo capitalista desde fines del siglo XIX. Las turbulencias monetarias, la indisciplina generalizada en todo lo relacionado con el preceptivo cumplimiento de las paridades fijas exigidas a las divisas nacionales y la competencia desleal en el mercado internacional afligieron enormemente a la economía europea, hasta propiciar el advenimiento de dos largas décadas de profundas alteraciones políticas.⁸

Así pues, tanto los países capitalistas beligerantes como los neutrales, experimentaron severos cambios en sus sistemas productivos, que casi siempre se tradujeron en una creciente inestabilidad social y política. Poderosos países altamente industrializados como Francia, Gran Bretaña o Alemania, asistieron a una profunda reestructuración de sus sectores industriales tradicionales. En Gran Bretaña, el desempleo se extendió por aquellas actividades que habían sido las protagonistas de su pasada primacía internacional. Tanto la minería del carbón, como el sector textil, el metalúrgico o el naval, acusaron una aguda pérdida de capacidad competitiva frente a los nuevos y punteros sectores de la industria química, automovilística, de las fibras sintéticas o de los derivados del petróleo. De otro lado, los países menores, con una capacidad industrial secundaria, se vieron afectados positivamente por las circunstancias extraordinarias de la guerra.⁹ España experimentó un proceso de acumulación capitalista desconocido hasta entonces, así como una persistente oleada inflacionista que convulsionó su sistema político oligárquico-liberal hasta colocarlo al borde del abismo. Italia, inicialmente neutral, aunque beligerante a partir de 1915, conoció una dualidad de efectos en su economía. De una parte, algunos sectores industriales vinculados a la producción armamentística, o al sector de la automoción, se convirtieron en el escenario de progresos espectaculares en la productividad y la competitividad mundial. En el lado opuesto, los

⁷ Gerald D. Feldman, *The Great Disorder. Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1997.

⁸ Charles H. Feinstein; Peter Temin y Gianni Toniolo, *The World Economy between the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

⁹ Derek H. Aldcroft, *Europe's Third World. The European periphery in the interwar years*, Aldershot, Ashgate, 2006.

repuntes inflacionarios, el asfixiante endeudamiento de las cuentas públicas y la restauración de las plenas capacidades otorgadas a la competencia internacional, tras el cese de las hostilidades, propiciaron la gestación de un clima social sumamente enrarecido, que hizo abortar los débiles alientos liberalizadores despertados por los gabinetes presididos por Giovanni Giolitti y quienes le sucedieron al frente del gobierno de la nación.¹⁰

Hacia fines de 1918, el derrumbe de los imperios centrales dio paso a la constitución o la intensa remodelación institucional y política de once nuevos Estados independientes. Todos ellos, excepto Rusia, conocieron la implantación de sistemas políticos inspirados en el liberalismo parlamentario de corte occidental. Asimismo, las diferentes minorías étnicas de la Europa centro-oriental fueron reconocidas en sus derechos de autogobierno, libertad y representatividad de sus órganos parlamentarios, garantizados mediante la creación de instituciones electivas sancionadas mediante la promulgación de avanzadas constituciones democráticas. Todo ello debería haber contribuido al afianzamiento de un periodo de estabilidad política, prosperidad y progreso económico. En términos generales, puede argumentarse que el modo en que concluyó la Gran Guerra facilitó el asentamiento de la democracia. Tras el armisticio se implantaron los soportes propiciatorios de un profundo cambio social, caracterizado por la influencia creciente, en la esfera pública, de las clases medias a expensas de la antigua aristocracia, la posibilidad de llevar a cabo reformas agrarias que mejorasen las condiciones de vida del campesinado, el reconocimiento del nuevo papel político llamado a desempeñar por las clases trabajadoras urbanas y la difusión, o el reconocimiento, de amplios derechos cívicos y electorales entre el conjunto de la población, entre los que cabe destacar la concesión del derecho de voto a la mujer.¹¹

¹⁰ Christopher Duggan, *A Concise History of Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014. Heinrich August Winkler, *The Age of Catastrophe. A History of the West, 1914-1945*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2015.

¹¹ Kurt Weyland, *Assault on Democracy. Communism, Fascism, and Authoritarianism during the interwar years*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021; Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe, 1919-39. Comparative Analyses*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002.

Pero, al mismo tiempo, la finalización del conflicto mundial introdujo una serie de obstáculos que dificultaron el adecuado funcionamiento y la estabilización de las nuevas democracias recién instaladas. Las condiciones de la paz impuestas por las potencias vencedoras tuvieron mucho que ver con esto último, pues afectaron de manera especialmente negativa a países como Alemania, Austria, Hungría o la propia Italia, hasta impulsar la emergencia, entre amplias capas de la población, de profundos sentimientos de carácter irrendentista o revisionista, susceptibles de albergar actitudes frontalmente opuestas al orden político recién implantado. La destrucción de las viejas estructuras políticas imperiales, algunas de ellas asentadas sobre sociedades multiétnicas y pluriculturales, desencadenó un periodo de profunda inestabilidad económica, agravado por las draconianas condiciones aplicadas por los países vencedores para asegurarse el cobro de inmensas sumas de dinero en concepto de reparaciones por los daños sufridos durante la contienda.¹²

Así pues, podemos interrogarnos hasta qué punto fue decisiva la manera en que se puso fin al conflicto mundial en el desencadenamiento de las innumerables perturbaciones y manifestaciones de inestabilidad política que asolaron el continente europeo durante el denominado periodo de entreguerras. La mayor parte de la historiografía especializada reciente atribuye al conflicto mundial el haber sido el acelerador de las innumerables tensiones, líneas de ruptura y contradicciones que ya estaban presentes en la Europa de preguerra. Esa misma historiografía mantiene que la experiencia bélica contribuyó a una casi generalizada brutalización de la política, a la rutinización de la violencia, a la emergencia del autoritarismo o a la exacerbación del nacionalismo de matiz etnocentrista y anti-liberal. Fijémonos, con algo de detalle, en el ejemplo de Alemania, un país que conoció desde 1870 en adelante un espectacular proceso de expansión industrial y rápida transformación económica. En el transcurso de dicho proceso tanto la aristocracia agraria de los Junkers prusianos, como la emergente burguesía industrial y parte de las

¹² Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe...*, *op. cit.*; Robert Gerwarth, *The Vanquished. Why the First World War failed to End, 1917-1923*, Londres, Allen Lane, 2016.

clases medias más perjudicadas por el súbito desvanecimiento de sus tradicionales formas de vida, se vieron crecientemente amenazadas por unas clases trabajadoras, preferentemente urbanas, ideológicamente radicalizadas y políticamente movilizadas. El estallido de la Gran Guerra fue interpretado por las clases sociales defensoras del régimen imperial como la oportunidad histórica para hacer viable una gran alianza interclasista que pudiese fin a las luchas políticas y la división social que, a su juicio, menoscababan la fortaleza de la nación e impedían su reafirmación como potencia internacional. El transcurso del conflicto agudizó algunas de las presiones preexistentes, pues contribuyó a la fractura definitiva de la socialdemocracia, dando paso a la emergencia de una corriente radical de la izquierda marxista de la que emergería el partido comunista alemán. Asimismo, durante la guerra y, de manera especial, tras la derrota infligida por las potencias de la Entente, una nueva derecha reagrupó a las fuerzas conservadoras tradicionales en un amplio frente, decidido a aniquilar al comunismo y la amenaza del bolchevismo aún a costa de poner fin a la efímera experiencia democrática encarnada en la República de Weimar.¹³

Si bien a lo largo del siglo XIX se observó un notable avance del parlamentarismo y el constitucionalismo en la mayor parte del continente europeo, al finalizar dicha centuria aún podían observarse inmensos espacios geográficos que aún permanecían ajenos al mencionado fenómeno. En una buena parte de la Europa central y oriental todavía persistían las severas restricciones al derecho de voto, al tiempo que prevalecían el sufragio masculino y censitario, los ejecutivos fuertes ajenos al control de las cámaras representativas, la inoperancia crónica de los órganos de representación parlamentaria sometidos a la tiránica determinación del poder ejecutivo, la persistencia de los privilegios monárquicos, el falseamiento de la voluntad de los electores o la limitada capacidad de actuación de los partidos políticos de la izquierda democrática o socialista. La

¹³ Peter Fritzsche, *Rehearsals for Fascism. Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 1990; Mark Jones, *Founding Weimar. Violence and the German Revolution of 1918-1919*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

Gran Guerra y la posterior implantación de un nuevo orden político continental pusieron fin a muchas de las restricciones anteriormente apuntadas. Sin embargo, esto último no quiere decir que existiesen las condiciones propiciatorias para el afianzamiento de nuevos regímenes políticos indudablemente liberales y democráticos. Para ello habría sido necesario que se cumpliesen algunas condiciones aún inexistentes entre los hábitos y las culturas políticas prevalecientes entre una importantísima proporción de la población europea de la época, tales como la propagación de una robusta sociedad civil, la existencia de una mentalidad desinhibida y comprensiva, el mutuo reconocimiento entre las fracciones políticas rivales, la presencia de una oposición política responsable y comprometida con el mantenimiento de un sistema político abierto y participativo, una visión plural de la contrapuesta realidad política y social, el respeto a los valores fundamentales de la libertad individual o el rechazo de las posiciones maximalistas, excluyentes o totalizantes.¹⁴

Pese a todo lo anteriormente expuesto, tras la contienda fueron implantados muchos de los resortes del control gubernamental y los mecanismos constitucionales de la representatividad necesarios para el afianzamiento de nuevos regímenes democrático-parlamentarios. Entre dichos resortes y mecanismos se encontraba el refuerzo de los poderes atribuidos a los parlamentos en el control de los gobiernos, la ampliación del cuerpo electoral lograda mediante el reconocimiento del derecho de sufragio otorgado a beneficio de las mujeres o de amplios colectivos sociales y la aplicación del principio de la representación proporcional en las nuevas asambleas elegidas. Mediante esto último se perseguía que los parlamentos fuesen la expresión de la voluntad del conjunto de la nación, aunque tal circunstancia conllevara que las pequeñas formaciones partidistas obtuviesen representantes en las asambleas deliberativas en condiciones de igualdad con las grandes agrupaciones políticas. Tales principios fueron aplicados, con más o

¹⁴ Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe...*, *op. cit.*; Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell (eds.), *Conditions of Democracy in Europe, 1919-1939. Systematic Case-Studies*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2000.

menos fortuna, en países como Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Lituania, Estonia, Letonia o Finlandia.¹⁵

Sin embargo, la democracia fue víctima de una infinita gama de amenazas, entre las que cabe destacar, por su naturaleza esencialmente debilitante, las derivadas de las fuertes turbulencias monetarias de la inmediata posguerra, de las tensiones inflacionarias inducidas por los reajustes de los sistemas productivos o de la generalizada adopción de fuertes medidas proteccionistas para hacer frente a los efectos más perniciosos de la recesión desencadenada desde 1929 en adelante. Además, numerosos Estados, artificialmente diseñados por las potencias vencedoras como resultado del derrumbe de los imperios centrales, fueron víctimas del despliegue de intensos conflictos interétnicos y de desestabilizadores movimientos independentistas o irredentistas, que terminaron por poner en peligro la continuidad del precario equilibrio de fuerzas sobre el que se asentaban sus vacilantes sistemas parlamentarios. Las agudas tensiones políticas y sociales sufridas por un elevado número de Estados, avivadas en muchas de las nuevas formaciones estatales surgidas tras el derrumbe de los imperios por las rivalidades interétnicas o las reclamaciones independentistas formuladas por algunas minorías nacionales, dieron al traste con el mantenimiento de los equilibrios entre las formaciones políticas de distinto signo que se juzgaba necesario para el sostenimiento del orden constitucional.¹⁶

La propagación, por buena parte del continente europeo, de nuevos regímenes políticos de representatividad democrática asentados sobre el principio de la proporcionalidad en sus sistemas electorales coadyuvó a la proliferación de un considerable número de puestos de representación en las asambleas deliberantes obtenidos por los candidatos respaldados por una miríada de minúsculos partidos políticos. La enorme fragmentación de las cámaras parlamentarias que se derivó de tales circunstancias dificultó severamente la conformación de gobiernos parlamentarios estables, o la configuración de sólidas y duraderas coaliciones interpartidistas. En consecuencia, la principal

¹⁵ Mark Mazower, *La Europa Negra...*, *op. cit.*

¹⁶ Konrad H. Jarausch, *Out of Ashes. A New History of Europe in the Twentieth Century*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2015.

preocupación de los nuevos actores de la arena política pasó de ser cómo resolver los problemas que más acuciaban a la sociedad para convertirse en cómo conformar una serie más o menos prolongada de gobiernos perdurables. A esto último debe unirse la polarización política, la radicalización ideológica y el maximalismo que invadió las estrategias de la derecha nacionalista y la izquierda socialista, en un periodo de aguda crisis económica, súbito derrumbe de las ganancias rentistas obtenidas por un amplio segmento de clases medias y elevada incertidumbre financiera. Todas estas desfavorables circunstancias condujeron a un vaciamiento del centro político y al literal desmoronamiento de los tradicionales partidos representativos del liberalismo clásico. La acusada pérdida de poder adquisitivo y la incertidumbre laboral que asedió a numerosísimos componentes de las clases medias y trabajadoras se conjugó con la radicalización de la izquierda marxista en su intento por emular los logros de la revolución bolchevique. En medio de este convulso panorama económico-social, la mayor parte de los países europeos contemplaron un fenómeno de súbita implosión del espacio político tradicionalmente ocupado por el centro liberal-burgués y de hundimiento electoral de las tradicionales formaciones partidistas del liberalismo clásico, en particular de todas aquellas que venían ejerciendo la representación de los intereses esgrimidos por importantes segmentos de las nuevas y viejas clases medias, el campesinado, los profesionales liberales, los empleados públicos, los pequeños comerciantes e incluso una porción nada desdeñable de las burguesías industrial y financiera. Frente a todo ello, la derecha tradicionalista, conservadora o autoritaria se sintió crecientemente fascinada por el énfasis puesto por los nuevos movimientos fascistas en la defensa de la jerarquía y el orden, en la preservación de la unidad de la nación frente a las luchas ideológicas o de clases suscitadas por el socialismo marxista, en las virtudes del militarismo y el autoritarismo o en el furibundo rechazo al comunismo o al bolchevismo.¹⁷ Todas estas circunstancias coadyuvaron al debilitamiento extremo de la democracia y a su progresiva sustitución

¹⁷ Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe, 1919-39...*, *op. cit.*; Dylan Riley, *The civic foundations of Fascism in Europe. Italy, Spain and Romania, 1870-1945*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press,

por fórmulas de gobierno de carácter autoritario, monárquico-tradicionalista, nacionalista-antiliberal o declaradamente fascista. Para ilustrar este último fenómeno baste con el siguiente ejemplo: si en torno al año 1920 veintiséis Estados europeos –de un total aproximado de veintinueve– podrían ser considerados democracias plenas, en 1938 al menos 16 de ellos se habían convertido en dictaduras anti-liberales de distinto signo y naturaleza.¹⁸

Tal y como ya ha sido expuesto, la trágica vivencia experimentada en el transcurso de la Gran Guerra dotó de un renovado protagonismo a extensos grupos sociales populares que, anteriormente, habían permanecido alejados de la escena política o privados de sus esenciales derechos de ciudadanía. Al mismo tiempo, el agitado panorama laboral de la inmediata posguerra, el debilitamiento político de las burguesías industrial, agrícola y financiera y el desmedido fortalecimiento de las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda socialista y comunista, se conjugaron para que el sistema de alianzas de clase prebélico sufriese una profunda alteración. En muchos casos –Italia, España, Portugal, Austria, Hungría, Grecia o Rumania– el acoso sufrido por las elites burguesas ante la súbita irrupción de extensos colectivos sociales populares en el ámbito de las luchas de clases, o en la arena política, motivó el arbitraje de soluciones francamente antiparlamentarias, cuando no declaradamente militaristas, autoritarias o fascistas. En otros casos –Francia y Gran Bretaña, sobre todo– el corporativismo burgués y la conclusión de estrechas alianzas sostenidas entre las burguesías tradicionalmente dominantes y amplios conjuntos de las clases medias rurales y urbanas, permitieron la edificación de mayorías parlamentarias conservadoras, que aplicaron programas políticos y económicos antipopulares con los que contrarrestar los perniciosos efectos de la inflación, la pérdida de competitividad internacional o la crisis económica misma.¹⁹ Junto a todo lo anterior,

2010; Giovanni Capoccia, *Defending Democracy. Reactions to extremism in Interwar Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 2005.

¹⁸ Stephen J. Lee, *European Dictatorships, 1918-1945*, Londres, Routledge, 2016.

¹⁹ Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy. Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1991; Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

debemos precisar que desde los albores del siglo xx, comenzaron a formalizarse nuevas corrientes ideológicas, que imprimirían un giro rotundo a las prácticas políticas y sindicales prevalecientes hasta ese momento en la Europa industrializada y en aquellas otras áreas del continente donde la vía de la producción fabril y el capitalismo de mercado se expandía con suma rapidez. Las corrientes filosóficas del neo-idealismo y del vitalismo sustituyeron al positivismo burgués, racionalista, cientifista y pragmático que había dominado durante las décadas centrales del siglo xix.²⁰

La crisis cultural de fines del siglo xix se combinó con las profundas transformaciones que experimentaron las sociedades capitalistas durante la etapa del Imperialismo y la Gran Guerra, periodo en el que surgieron poderosas organizaciones de defensa de las clases trabajadoras, y se extendió considerablemente el reconocimiento de amplios derechos cívicos o políticos a importantes colectivos sociales. Tras la Primera Guerra Mundial quedaron hechos añicos los moldes filosóficos que habían sustentado la organización política del liberalismo clásico. Las doctrinas sociales que legitimaban el poder de las minorías burguesas gobernantes, sucumbieron ante el empuje de nuevas interpretaciones tales como el voluntarismo, el vitalismo, el sindicalismo apolítico y revolucionario, el fascismo o el comunismo.²¹ La irrupción súbita de las masas en la arena pública, particularmente visible en los más diversos ámbitos de la vida política, social, cultural y económica de la Europa capitalista, provocó una radical ascensión de posturas que declaraban obsoleto e inoperante el modo liberal de organización política de los Estados, proclamando las excelencias del ultranacionalismo y el fascismo.²² Comunismo y fascismo, pues, se erigieron en los dos grandes conjuntos ideológicos que trataron de dar solución, de manera abiertamente contrapuesta, a las múltiples

²⁰ John Shand (ed.), *A Companion to Nineteenth Century Philosophy*, Hoboken, Wiley, 2019; Peter Rietbergen, *Europe. A Cultural History*, Londres y Nueva York, Routledge, 2021.

²¹ Frank M. Turner, *European Intellectual History from Rousseau to Nietzsche*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2015; Roland N. Stromberg, *European Intellectual History since 1789*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1968.

²² Philip Morgan, *Fascism in Europe, 1919-1945*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003; Martin Blinkhorn (ed.), *Fascists and Conservatives. The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*, Londres, Boston, Unwin Hyman, 1990.

contradicciones en que se encontraba inmerso el orden liberal de preguerra.²³

En consonancia con todo lo anteriormente expuesto, podemos afirmar que, a partir de 1918, Europa occidental se enfrentaba a un buen número de retos. En líneas generales, la guerra y sus inmediatas consecuencias motivaron una irreversible modificación de las pautas de conducta política y social que habían sustentado el orden liberal clásico. La crisis económica –padecida con desigual intensidad por los grandes países de la Europa industrializada o en proceso de rápida expansión capitalista–, unida a la ingente capacidad reivindicativa de las clases trabajadoras, sometieron a las burguesías tradicionales a una enorme presión.²⁴

En aquellos países industriales y avanzados en los que, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, ya se habían formalizado amplias alianzas de clase, comprometidas en la defensa del modelo liberal-parlamentario de organización del Estado –tales como Gran Bretaña o Francia–, los efectos convulsivos de la guerra no lograron acabar con la pervivencia del parlamentarismo –aun cuando las burguesías hubieron de hacer ímprobos esfuerzos para reducir al movimiento sindical y restaurar su dominio político y social sobre unas clases trabajadoras radicalizadas.

En aquellos otros casos caracterizados por la existencia de regímenes liberales imperfectos o extremadamente débiles, edificados dificultosamente en la etapa prebélica sobre la alianza entablada entre las antiguas aristocracias y las fracciones más conservadoras de la burguesía, o allí donde la segmentación política venía condicionada por amplias escisiones socio-culturales y socio-políticas de naturaleza ideológica, territorial o religiosa, la inmediata posguerra dibujó una situación altamente inestable.²⁵ En estos últimos países –Alemania, España, Italia, Portugal, los países escandinavos, Bélgica y Holanda– el

²³ Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío (eds.), *Políticas del Odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*, Madrid, Tecnos, 2017; Mark Mazower, *La Europa Negra...*, *op. cit.*

²⁴ Conan Fischer, *Europe between Democracy and Dictatorship, 1900-1945*, Malden y Oxford, Blackwell Publishing, 2011.

²⁵ Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy...*, *op. cit.*

Estado quedó a merced de la azarosa e imprevisible constitución de una variada gama de potenciales coaliciones multiclasistas.

En algunos casos, durante las décadas de los veinte y los treinta del siglo xx, la generalización de la crisis económica y las necesidades de adoptar políticas económicas eficientes para resolverla —o bien mediante resoluciones encaminadas a la sumisión de los mercados a las directrices económicas estatales, o bien mediante disposiciones tendentes a lograr el sumiso acatamiento de los planes estatales de revitalización económica por parte de los principales agentes de la producción—, auspiciaron la formalización de alianzas políticas entre el campesinado, el proletariado industrial y las burguesías. Donde resultó exitosa tal fórmula, se avanzó hacia regímenes políticos socialdemócratas que conjuraron con bastante eficacia las expresiones más lesivas de la crisis de los treinta.²⁶ En otros casos, la imposibilidad de formalizar alianzas entre el socialismo reformista y los distintos partidos representativos de la burguesía en defensa del parlamentarismo liberal, unida al creciente protagonismo político del campesinado, inclinaron la balanza del lado de la rápida emergencia de fuertes corrientes ideológicas antiliberales, anticomunistas y antidemocráticas. En estos últimos países —Alemania, España, Italia, Austria, etc.—, el fascismo, con sus diversas variantes, triunfó ampliamente.

EL DERRUMBE DEL ORDEN CULTURAL Y POLÍTICO DE PREGUERRA Y LA EMERGENCIA DE LAS IDEOLOGÍAS TOTALITARIAS

En otro orden de cosas, cabe señalar cómo el deslumbrante desarrollo económico, tecnológico y científico experimentado por las grandes potencias europeas en el periodo que discurrió entre la guerra franco-prusiana de 1871 y el desencadenamiento de un nuevo conflicto internacional en 1914, dotó a los principales Estados europeos de un inmenso potencial armamentístico, que fue desplegado con toda su furia en los principales combates de la Gran

²⁶ Sheri Berman, *The Social Democratic Moment. Ideas and Politics in the Making of Interwar Europe*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1998.

Guerra. La enorme capacidad alcanzada por los gobiernos europeos en todo lo relacionado con el alistamiento obligatorio de la población y su adecuado adiestramiento militar no solamente contribuyó a la solidificación de los sentimientos nacionalistas, por la vía de la sensibilización patriótica en los valores del militarismo difundida entre extensas capas de la población, sino que asimismo proporcionó a los Estados una fuerza inconmensurable en la pugna por la supremacía internacional lograda a través del armamentismo y el expansionismo belicista. Todo ello condujo a que, una vez desencadenadas las hostilidades entre las principales potencias europeas durante el verano de 1914, los campos de batalla de los frentes oriental y occidental pronto se convirtiesen en luctuosos escenarios, en los que se llevó a cabo la dramatización de una conflagración arrolladoramente destructiva y cargada de tintes dantescos.

La muerte en masa, el sacrificio colectivo y la automatización de las decisiones logísticas y estratégicas permitida por los importantísimos avances técnicos alcanzados en todo lo relacionado con el poder letal de las nuevas armas, convirtieron a los soldados en meros autómatas al servicio de gigantescas y deshumanizadas maquinarias dotadas de una inconmensurable capacidad destructiva. Asimismo, las nuevas tácticas de combate, impulsadas por el descomunal despliegue de una sofisticada ingeniería armamentística, pusieron fin de manera drástica a las formas convencionales de enfrentamiento bélico tradicionalmente empleadas hasta entonces.²⁷ Todo ello hizo posible que se superasen las barreras de tipo moral, cultural o ideológico hasta aquel momento prevalecientes en el derecho público encargado de la regulación de las prácticas de combate asociadas a los enfrentamientos armados sostenidos entre los Estados beligerantes. Los campos de batalla fueron testigos mudos del uso indiscriminado de gases venenosos, lanzallamas e intensivos ataques con artillería pesada, basados en el lanzamiento masivo de obuses o proyectiles de gran tamaño dotados de una enorme capacidad mortífera y destructora. Se generalizaron los bombardeos aéreos contra la población civil, al

²⁷ Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *Great War, Total War. Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

tiempo que menudearon las ejecuciones sumarias, los fusilamientos multitudinarios y el confinamiento en campos de concentración de cientos de miles de prisioneros capturados a los ejércitos enemigos.²⁸ Tampoco faltaron las experiencias de masacre generalizada de carácter genocida, encaminadas al completo exterminio de etnias, pueblos o razas, como muestra el caso de la persecución del pueblo armenio del año 1915.²⁹

De todo ello se derivaron unos espeluznantes costes económicos y humanos. Para ilustrar esto último basten los siguientes ejemplos: la guerra movilizó 70 millones de soldados, de los que cerca de 10 millones murieron en los campos de batalla, mientras que algo más de 25 millones resultaron heridos. De acuerdo con su nacionalidad, las pérdidas humanas se distribuyeron de la siguiente manera: 1.700.000 rusos, 1.950.000 alemanes, 1,5 millones de franceses, 1,3 millones de austrohúngaros, un millón de británicos, 533.000 italianos y 320.000 turcos. En términos porcentuales, debe señalarse que entre los serbios sucumbió el 37 % del total de los soldados movilizados en los frentes de batalla, el 27 % de los turcos y entre el 11 y el 17 % de los franceses, rusos, británicos y alemanes.³⁰

Pero, quizás, lo más importante fue el cambio de paradigma experimentado por la cultura, los valores morales y las mentalidades de las sociedades y los colectivos humanos que sufrieron el brutal impacto de la experiencia bélica. En términos generales, las ideologías exaltadoras del carácter purificador y salvífico de la violencia que ya venían desplegándose en el panorama intelectual europeo desde la segunda mitad del siglo XIX, experimentaron una acentuación sustancial de sus más radicales planteamientos. Tanto las corrientes intelectuales de la izquierda heredadas del marxismo, que postulaban el carácter catártico y benefactor de la violencia de clase como herramienta de

²⁸ Hew Strachan (ed.), *The Oxford Illustrated History of the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

²⁹ Donald Bloxham, *The Great Game of Genocide. Imperialism, Nationalism, and the destruction of the Ottoman Armenians*, Oxford, Oxford University Press, 2005; Eugene Rogan, *La caída de los Otomanos*, Barcelona, Crítica, 2015.

³⁰ Niall Ferguson, *The War of the World. Twentieth-Century Conflict and the Descent of the West*, Nueva York, Penguin Press, 2006; Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío (eds.), *Políticas del Odio...*, *op. cit.*

emancipación social, como aquellas otras que, como el fascismo, emergieron de las cenizas del conflicto mundial, contribuyeron, en una fértil amalgama con los fenómenos de glorificación de los valores marciales y la muerte sacrificial consustanciales con la vivencia trágica en las trincheras, a la rápida difusión de un fenómeno de “brutalización” de la política. El mencionado fenómeno se expandió con inusitada celeridad por casi todo el continente europeo, de manera muy especial durante las décadas de los veinte y los treinta del pasado siglo.³¹

Por consiguiente, entre las más importantes secuelas de la Gran Guerra debe mencionarse el cambio cultural de primer orden que se registró en el seno de numerosos colectivos de las sociedades europeas que asistieron al fenómeno de la masiva desmovilización de los ejércitos tras la firma del armisticio. Una nueva “cultura de guerra”, exaltadora de la naturaleza palingenésica y revitalizadora de la violencia –revolucionaria o contrarrevolucionaria–, impregnó los comportamientos políticos de cientos de miles de ciudadanos europeos. En la práctica totalidad del continente europeo hicieron acto de presencia nuevas y radicalizadas formaciones políticas ultranacionalistas y de extrema derecha, integradas por un abigarrado conjunto de excombatientes y miembros de las clases medias más castigadas por la crisis económica posbélica.³²

Una considerable proporción de quienes habían luchado en la guerra de trincheras se aprestó, una vez producida la desmovilización de los ejércitos, a la rápida constitución de grupos paramilitarizados y milicias armadas, decididas a exterminar a cuantos fueran considerados enemigos de la patria, incluidos todos aquellos integrantes de la izquierda marxista revolucionaria y el comunismo a los que se culpabilizaba de haber contribuido al derrumbe de la moral combativa durante los años del conflicto, o de haber puesto en pie un imaginario complot que amenazaba la integridad de la nación. A todos estos

³¹ Philipp Blom, *Fracture. Life and Culture in the West, 1918-1938*, Nueva York, Basic Books, 2015; George L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1990; Robert Gerwarth, *The Vanquished... , op. cit.*

³² Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

excombatientes e integrantes de los grupos profesionales y las clases medias más castigadas por los efectos destructivos de la guerra, que se sintieron seducidos por los mensajes demagógicos de la extrema derecha ultranacionalista, se unió una abigarrada multitud de jóvenes, en su mayoría pertenecientes a los estratos intermedios de la sociedad. Casi todos ellos, aún sin haber sido movilizados durante los años del conflicto, crecieron en un ambiente social densamente contaminado de la machacona difusión de constantes mensajes glorificadores de la violencia antiizquierdista, el militarismo, el culto a los combatientes caídos en el infierno de las trincheras y el sacrificio prestado por los ejércitos movilizados a la grandeza indisoluble de la patria.³³

En el seno de las nuevas formaciones políticas del nacionalismo ultraderechista, antiliberal y antiparlamentario más densamente impregnadas de una idealizada exaltación espiritualista de la nación de signo *völkisch*, que reclamaba soluciones palingenésicas al desorden causado por la modernización, el industrialismo, el materialismo y la amenaza revolucionaria del marxismo, la experiencia traumática de la guerra y las nuevas sensibilidades exaltadoras de la violencia proporcionaron un nuevo margen de maniobra sobre el que desplegar sus ataques contra el orden liberal y las decadentes elites políticas del desgastado parlamentarismo. La legión de excombatientes traumatizados por la dura vivencia en los campos de batalla acentuó su frustración frente al orden político vigente tras experimentar el amargo regreso a una sociedad civil que, con demasiada frecuencia, se mostró apática o contrariada con su presencia, y que, en el mejor de los casos, no supo apreciar en su justa medida el inmenso sacrificio que aquéllos habían prestado a la defensa de los valores eternos de la nación. Este fue el caldo de cultivo idóneo para la proliferación de un estridente conjunto de mensajes simplistas, demagógicos y apocalípticos que, provenientes tanto del ámbito de la derecha ultrac conservadora y antidemocrática como de aquel otro de la nueva derecha revolucionaria y ultranacionalista de corte fascista, anunciaban el fin del individualismo materialista y desespiritualizado del capitalismo, el aniquilamiento de la democracia y el comunismo de inspiración

³³ Robert Gerwarth y John Horne (eds.), *War in Peace...*, *op. cit.*

soviética, la superación del trasnochado y caduco parlamentarismo liberal y el inicio de una nueva era histórica, asentada sobre los principios de la jerarquía, la autoridad y la pétrea unidad de la nación.³⁴

Desde aquel otro campo ideológico de la izquierda marxista y la socialdemocracia cabe mencionar cómo la experiencia bélica, el súbito derrumbe de la Segunda Internacional –acusada de haber traicionado su pretérita fidelidad a los principios del pacifismo, el anti-belicismo y el antiimperialismo– y las radicalizadas propuestas provenientes del leninismo en pro de la adopción de una estrategia de lucha despiadada contra la burguesía que condujese a la edificación de un Estado proletario, hicieron mella en la profunda redefinición de sus principales señas de identidad.³⁵ La experiencia traumática de la guerra y la muerte en las trincheras también facilitó, aun cuando por otras vías, la acentuación de las tonalidades radicalizadas, totalizantes y revolucionarias de la variante marxista-leninista de la socialdemocracia rusa, hasta convertirla en una ideología cargada de componentes escatológicos, apocalípticos y cuasi-religiosos, que anunciaba el alumbramiento de una nueva era en el desarrollo humano erigida sobre las cenizas del capitalismo y entronizada en la solemne proclamación de una sociedad global sin clases ni Estados, sostenida sobre la fraternidad universal del proletariado.³⁶ Tras la revolución bolchevique que tuvo lugar en el otoño de 1917 el marxismo-leninismo, concebido como la ideología oficial de un, hasta entonces, inédito Estado proletario, quedó indisolublemente asociado a la puesta en pie de un colosal proyecto de redención social de tintes totalitarios y excluyentes, asentado sobre la glorificación de la violencia revolucionaria, el exterminio de las clases capitalistas y la sacralización de los valores de un hombre nuevo, comprometido con los principios del socialismo, el internacionalismo y la hermandad mundial de las clases trabajadoras.

³⁴ Alessandro Salvador y Anders G. Kjøstvedt (eds.), *New Political Ideas in the Aftermath of the Great War*, Cham, Switzerland, 2017.

³⁵ William J. Davishofer, *Marxism and the Leninist Revolutionary Model*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014.

³⁶ Joost Augusteijn; Patrick Dassen y Maartje Janse (eds.), *Political Religion beyond Totalitarianism. The Sacralization of Politics in the Age of Democracy*, Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013.

LA IRRUPCIÓN DEL ANTI-PARLAMENTARISMO Y EL ANTI-LIBERALISMO EN EL SENO DE LA SOCIEDAD AGRARIA EUROPEA. LOS CASOS DE ITALIA Y ESPAÑA

La superación, en los comienzos del siglo xx, de la crisis agrícola y pecuaria padecida por la mayor parte de los países europeo-occidentales desde fines del siglo xix, hizo posible la intensificación de la vocación mercantil del sector primario, al mismo tiempo que fomentó la aparición de un fuerte y competitivo subsector agroalimentario. Desde los primeros años del Novecientos, la creciente competitividad internacional en los mercados de materias primas y alimentos reforzó las estrategias patronales rentabilistas, instaladas sobre el aumento de la productividad y la sobreexplotación jornalera. Esta última circunstancia precipitó la rápida disolución de las viejas relaciones de patronazgo, el surgimiento de una nueva burguesía agraria con mentalidad productivista y la consolidación de jerárquicos y coercitivos modelos de contratación laboral.³⁷ En las grandes explotaciones agrícolas capitalistas de la Europa mediterránea que disponían de una abundante oferta de mano de obra agrícola, las limitaciones climatológicas o medioambientales prevalentes, el aumento del precio de los insumos de todo tipo y el enraizamiento de poderosas ligas sindicales al servicio de los jornaleros obligaron a la burguesía agraria a practicar un control monopólico y exhaustivo sobre los mercados laborales, conminándola a la aplicación de severas medidas coercitivas en la contratación de la mano de obra para mantener bajos los salarios y preservar la rentabilidad

³⁷ Frank M. Snowden, "The City of the Sun: Red Cerignola, 1900-15", en Ralph Gibson y Martin Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power in Modern Europe*, Nueva York, Londres, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 199-215; Frank M. Snowden, *The Fascist Revolution in Tuscany, 1919-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Anthony L. Cardoza, "Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930", en Ralph Gibson y Martin Blinkhorn (eds.), *Landownership and Power...*, *op. cit.*, pp. 181-198; Francisco Cobo Romero y Manuel González de Molina, "Obrerismo y fragmentación del campesinado en los orígenes de la Guerra Civil en Andalucía", Manuel González de Molina y Diego Caro Cancela (eds.), *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2001, pp. 221-282.

de sus fundos.³⁸ Para contrarrestar los efectos provocados por las mencionadas estrategias patronales, los braceros agrícolas defendieron sus intereses mediante su masiva adscripción a las disciplinadas y eficaces estructuras sindicales que fueron apareciendo desde fines del siglo XIX. Muchas de estas últimas incorporaron a sus discursos de movilización los mitos, las simbolizaciones y los lenguajes diseñados por el socialismo, el anarquismo o el comunismo acerca de la revolución agraria, la colectivización de la tierra y el aniquilamiento político del capitalismo y la burguesía rural.

En el plano de las estrategias electorales y las alianzas interclasistas orientadas hacia la obtención de mayorías parlamentarias estables con las que sustentar los gobiernos, los comportamientos políticos del campesinado y los jornaleros de extensas regiones agrícolas de la Europa mediterránea con un claro predominio de la gran propiedad se convirtieron en decisivos. Hasta el extremo de llegar a resultar, en algunas ocasiones, determinantes en la resolución de las cada vez más enconadas pugnas por el control de los poderes locales o las cámaras de representación nacional. Del tal manera que la inclinación de todos ellos, o bien hacia el sostenimiento de los partidos del centro liberal-burgués comprometidos con la preservación del parlamentarismo, o bien hacia el respaldo prestado a aquellas otras formaciones partidistas que aspiraban a la edificación de un nuevo orden ultranacionalista, palingenésico, totalitario o fascista, resultó, en determinadas circunstancias, concluyente. En algunos países en los que la burguesía y las clases medias ya habían conseguido liderar el proceso de asentamiento y estabilización de la hegemonía liberal antes de 1914 —como aconteció en la Francia de la III República—, tras la Gran Guerra el campesinado familiar se mostró mayoritariamente fiel a la preservación del parlamentarismo. En tales casos resultó determinante que los partidos de la izquierda socialista y/o comunista no se vinculasen de manera exclusiva a la defensa de los jornaleros, absteniéndose voluntariamente de llevar a cabo cualquier tipo de

³⁸ Frank M. Snowden, *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922*, Cambridge y Londres, Cambridge University Press, 1986.

formulación programática de carácter revolucionario orientada hacia la colectivización de la tierra o la extinción de la pequeña propiedad.³⁹

En el extremo opuesto podemos entrever cómo allí donde los socialistas se comprometieron con la defensa de los intereses jornaleros, incluso radicalizando sus posturas a favor de la colectivización de la tierra, no solamente propiciaron el desencadenamiento de intensas oleadas huelguísticas y hondas agitaciones políticas, sino que asimismo empujaron a las clases medias rurales y a la mayor parte de las oligarquías terratenientes hacia la creciente desafección mostrada respecto al parlamentarismo, el vigente sistema de partidos y las tradicionales elites políticas del liberalismo clásico.⁴⁰ En algunos destacados casos en los que esto último ocurrió, el campesinado intermedio de modestos y medianos propietarios o arrendatarios agrícolas, aliado con los representantes de la vieja oligarquía rural y la burguesía latifundista, se sintió seducido tanto por la resolutiva capacidad de contención del socialismo y el comunismo exhibida por el fascismo italiano, como por las proclamas de signo crecientemente autoritario y antiliberal propaladas desde las nuevas formaciones corporativistas y las guardias cívicas que emergieron en España, particularmente durante el convulso periodo de intensas agitaciones

³⁹ Laird Boswell, *Rural Communism in France, 1920-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 1998; Laird Boswell, "The French Rural Communist Electorate", *Journal of Interdisciplinary History*, 23, 4, (1993), pp. 719-749; John Bulaitis, *Communism in Rural France. French agricultural workers and the Popular Front*, Londres y Nueva York, I. B. Tauris Publishers, 2008; Édouard Lynch, "L'extrême gauche française et la question agraire durant l'entre-deux-guerres: de la révolution à l'agrarisme, convergences et singularités", Jordi Canal, Gilles Pécout y Maurizio Ridolfi (dirs.), *Sociétés rurales du XX^e siècle. France, Italie et Espagne*, Roma, École Française de Rome, 2004, pp. 285-309; Édouard Lynch, *Moissons Rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l'entre-deux-guerres (1928-1940)*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2002. Los casos de Dinamarca, Noruega, Suecia o Checoslovaquia evidencian la posibilidad de pactos de carácter socialdemócrata entre los obreros urbanos y el campesinado, facilitados por la renuncia o la incapacidad del socialismo a la hora de movilizar a los jornaleros en un sentido colectivista o revolucionario. Véase Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy...*, *op. cit.*, pp. 285-295.

⁴⁰ El ejemplo de la Rumania de entreguerras nos muestra un campesinado, castigado por la crisis agraria y aislado por los partidos liberales, que se mostró proclive a defender los programas ultranacionalistas, antisemitas y fascizantes de la Guardia de Hierro de Corneliu Zelea Codreanu. Véase: Francisco Veiga, *La mística del ultranacionalismo. (Historia de la Guardia de Hierro)*, Rumania, 1919-1941, Barcelona, Universidad Autónoma, 1989, pp. 113-117; Michael Mann, *Fascists*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

sociales y extremada violencia política inmediatamente posterior a la finalización de la Gran Guerra.⁴¹

Durante el denominado *Biennio Rosso* de 1919-1920, las regiones de la Italia liberal de posguerra donde se había cimentado una pujante agricultura capitalista experimentaron un súbito acrecentamiento de la conflictividad huelguística, protagonizada por decenas de miles de jornaleros encuadrados en las poderosas ligas agrarias socialistas. A instancias de estas últimas, toda una legión de braceros agrícolas recurrió a la utilización de prácticas reivindicativas extremas para lograr un equitativo reparto de las ofertas de empleo, desbaratando así el tradicional monopolio ejercido por la patronal sobre los mercados laborales. En medio de una excepcional coyuntura en la que una gran cantidad de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros se encontraba afianzando sus expectativas de acceso a la propiedad, o albergaba fundadas esperanzas sobre el probable incremento de la misma,⁴² la *Federazione Nazionale dei Lavoratori della Terra* (*Federterra*) —el sindicato jornalero adscrito al Partido Socialista Italiano fundado en 1901— hizo públicas sus aspiraciones a la colectivización de la agricultura. La “tiranía” de las ligas agrarias socialistas y los métodos expeditivos empleados en la defensa de los jornaleros les retrajeron el apoyo que muy poco antes les habían brindado los aparceros de las regiones centrales y del norte.⁴³ La respuesta política ofrecida por la mayor parte del campesinado intermedio a las amenazas y el intrusismo provenientes del socialismo agrario se tradujo, en muchos casos, en la favorable acogida dispensada a unas ligas fascistas tan furibundamente empleadas en el aniquilamiento de las izquierdas y

⁴¹ Véase al respecto Gregory M. Luebbert, *Liberalism, Fascism or Social Democracy...*, *op. cit.*, pp. 277-285; Eduardo González Calleja y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995; Giulia Albanese, *Dittature Mediterranee...*, *op. cit.*

⁴² Durante la inmediata posguerra un millón de hectáreas —sobre un total de 16,5 millones de hectáreas cultivadas— pasó a ser propiedad de unos aproximadamente 500.000 pequeños cultivadores, muchos de ellos antiguos aparceros o arrendatarios que, beneficiados por las circunstancias que facilitaron la adquisición masiva de tierras, se convirtieron así en nuevos propietarios agrícolas. Véase: Istituto Nazionale Economia Agraria, *La distribuzione della proprietà fondiaria in Italia*, Roma, Fausto Failli, 1956, vol. I, pp. 230-232.

⁴³ Francesco Bogliari, *Il movimento contadino in Umbria dal 1900 al Fascismo*, Milano, Franco Angeli Editore, 1979.

la contención del socialismo como supuestamente comprometidas con la defensa de la pequeña explotación campesina.⁴⁴

Las consecuencias mediatas e inmediatas de la Gran Guerra sobre España pueden condensarse en una acelerada descomposición del sistema político restauracionista, que discurrió casi paralelamente a la crisis generalizada del liberalismo europeo. La intensa agitación jornalera desencadenada por los repuntes inflacionistas provocados por la neutralidad española durante la Gran Guerra aceleraron el proceso de descomposición de la pretérita unidad del campesinado. Tanto los socialistas como, en menor medida, los republicanos, lograron movilizar política y electoralmente a extensos sectores de las clases jornaleras del mediodía peninsular, ocasionando un serio deterioro en el funcionamiento de los mecanismos tradicionales del clientelismo y el patronazgo vinculados a las prácticas caciquiles aún vigentes. La mencionada movilización provocó, asimismo, la creciente desafección frente al régimen del parlamentarismo oligárquico-liberal expresada por importantes grupos mesocráticos rurales y la práctica totalidad de las oligarquías latifundistas. Muchos de estos últimos grupos sociales comenzaron a girar, en la manifestación de sus aspiraciones políticas, hacia la defensa de soluciones corporativistas, autoritarias o militaristas, para de esta manera poner fin a un periodo de extrema inestabilidad social y aguda violencia que amenazaba con desbaratar sus tradicionales posiciones de hegemonía al frente de numerosas instituciones políticas de carácter local, provincial o estatal.⁴⁵

Llegados a este punto, avanzaremos las siguientes hipótesis. Tras la finalización de la Gran Guerra, las profundas alteraciones sufridas por

⁴⁴ William Brustein, "The "Red Menace" and the Rise of Italian Fascism", *American Sociological Review*, 56, 5, (1991), pp. 652-664; Anthony L. Cardoza, *Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; Frank M. Snowden, *The Fascist Revolution...*, *op. cit.*; Paul Corner, *Fascism in Ferrara, 1915-1925*, Oxford, Oxford University Press, 1975; Renato Zangheri (a cura di), *Lotte agrarie in Italia. La Federazione nazionale dei lavoratori della terra, 1901-1926*, Milán, Feltrinelli, 1960.

⁴⁵ Shlomo Ben-Ami, *El cirujano de hierro. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Barcelona, RBA, 2012; José Luis Gómez Navarro, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid, Cátedra, 1991; Mercedes Cabrera (dir.), *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998; Colectivo de Historia, "La dictadura de Primo de Rivera y el bloque de poder en España", *Cuadernos Económicos de I.C.E.*, 6, (1978), pp. 178-216.

los sistemas productivos capitalistas unidas a los intensos desajustes presupuestarios motivaron, de manera casi generalizada, una intensa agudización en los enfrentamientos de clase sobre la práctica totalidad de los países europeos. En el ámbito de las conflictivas relaciones laborales sostenidas en el seno de la agricultura mediterránea, los repuntes inflacionarios, las estrategias patronales orientadas hacia el aniquilamiento de los poderosos sindicatos agrarios de signo socialista o anarquista y la extensión de los conflictos huelguísticos provocaron, tanto en Italia como en España, la radicalización de los jornaleros y el generalizado temor, entre las oligarquías latifundistas y las clases medias rurales, a una transformación política de signo revolucionario o comunista, inspirada en las medidas de colectivización de la tierra puestas en pie en la Rusia soviética tras el desencadenamiento de la revolución bolchevique. La intensificación de la conflictividad registrada en extensas comarcas rurales de Italia y el sur de España tras la finalización de la Gran Guerra, inclinó a las clases medias agrícolas y la burguesía agraria hacia la desconfianza en alza respecto a la democracia y hacia la denuncia del parlamentarismo liberal, aproximándolas a las propuestas involucionistas y autoritarias defendidas tanto por el fascismo como por el corporativismo reaccionario y tradicionalista.

En el caso español resulta obligado destacar el cada vez más frecuente recurso, practicado por las oligarquías rurales y la patronal agrícola andaluza, a la adopción de estrategias autónomas de defensa de sus particulares intereses. Muchas de estas estrategias se situaban en la periferia de los ámbitos oficiales e institucionales legitimados para el uso de la fuerza. Por doquier, comenzaron a proliferar nuevas instancias coercitivas al servicio de los intereses de la burguesía agraria, nacidas al margen de los legítimos órganos de coacción de carácter estatal. Se vio así acentuada, entre las clases patronales y la burguesía agraria andaluza, una tendencia de carácter corporativista y autónomo, que subrayaba la paulatina desafección, y la desconfianza en alza, mostrada por casi todas ellas hacia los instrumentos políticos y coactivos del liberalismo parlamentario, reputados ahora de inútiles o innecesarios. En tal sentido, merecen ser destacadas las iniciativas que, al igual que aconteciese en la Europa de entreguerras, condujeron a la constitución de grupos de “ciudadanos armados”,

o de “guardias cívicas”. Muchas de estas “uniones cívicas” se vieron impulsadas desde la patronal agraria, o desde las organizaciones corporativas nacidas en defensa de los específicos intereses de las clases propietarias.⁴⁶ Mediante tales iniciativas, los patronos y los ricos propietarios agrícolas pretendían hacer frente al auge de la conflictividad social, al aumento de la movilización política, o al imparable arraigo de las consignas revolucionarias entre los jornaleros y las clases populares. La respuesta de las oligarquías rurales a la efervescencia reivindicativa de los jornaleros se vio tempranamente plasmada en la creación, en 1919, de la Sociedad de Tiro Nacional de Jaén,⁴⁷ formada por las fracciones más recalcitrantes de la patronal rural. En medio de estas nuevas actitudes patronales se produjo la constitución de los Somatenes⁴⁸ y Grupos Armados –respaldados por la patronal agraria y por los más aguerridos jóvenes de la rica burguesía rural–,⁴⁹ que desde muy pronto hicieron acto de aparición en las provincias de Granada (año 1919), Málaga (año 1919), y Sevilla (año 1921).⁵⁰ Sin embargo, la formalización y el adiestramiento de grupos armados al servicio de los ricos propietarios agrícolas se manifestó, con especial crudeza, en algunas localidades de la provincia cordobesa. Entre todas ellas destacaron las de Puente Genil o Luque, es decir, allí mismo donde los enfrentamientos entre huelguistas y patronos agrícolas habían logrado una intensidad desmesurada en el periodo inmediatamente anterior.

⁴⁶ Eduardo González Calleja y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra...*, *op. cit.*, pp. 20-42.

⁴⁷ Eduardo González Calleja, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999, p. 43; Fernando del Rey Reguillo, *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992, p. 674.

⁴⁸ Una especie de cuerpos o milicias de gente armada concebidas para la defensa del “orden” y la propiedad contra la amenaza izquierdista o revolucionaria proveniente de las clases populares.

⁴⁹ Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza Editorial, 1929 (1979), p. 366; Eduardo González Calleja y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra...*, *op. cit.*, p. 150.

⁵⁰ Fernando del Rey Reguillo, *Propietarios y Patronos...*, *op. cit.*, pp. 674-675; Eduardo González Calleja y Fernando del Rey Reguillo, *La defensa armada contra...*, *op. cit.*, pp. 148-151.

Al frente de las distintas secciones andaluzas del Somatén comenzaron a figurar, desde los primeros compases de su andadura, destacadísimas personalidades de la burguesía agraria y la gran propiedad rústica. Entre todas ellas merecen ser mencionadas las siguientes: Antonio Medina y Garvey, en Sevilla, el conde de Tovar, en Granada, el marqués de Casa Domecq, en Jerez de la Frontera, o el conde de Guadalhorce, en Málaga. Todo parecía indicar que la tentación corporativista y autoritaria de la patronal agraria, y el desapego manifestado hacia determinadas instancias del sistema de la Restauración, terminaron por erigirse en características bastante generalizadas del comportamiento político de las oligarquías agrarias andaluzas. Esto último, al menos, pudo ser constatado en buena parte de la geografía rural de Andalucía, a tenor de la cálida y fervorosa acogida con que las grandes agrupaciones de los intereses patronales, corporativos y agraristas recibieron en 1923 la llegada al poder del general Miguel Primo de Rivera.⁵¹

LOS FUNDAMENTOS DEL DISCURSO ANTI-LIBERAL Y NACIONAL-RURALISTA EN EUROPA, 1880-1930

El movimiento histórico de signo asociativo, político, ideológico y cultural, agrupado en torno a la progresiva conversión de la mujer rural en sujeto primordial de movilización política y en objeto preferente de los discursos de la derecha nacionalista y antiliberal, comenzó a perfilarse desde las décadas finales del siglo XIX en buena parte de la Europa occidental, si bien acentuó sus perfiles más característicos después de la Gran Guerra y a lo largo del agitado y convulso periodo de entreguerras. A la gestación del mencionado proceso contribuyeron, al menos, tres decisivos factores. En primer lugar, la gradual incorporación de la mujer a la actividad laboral, la esfera pública e incluso la vida política y asociativa, una circunstancia sobrevenida en la mayor parte de las

⁵¹ Manuel González de Molina y Miguel Gómez Oliver (coords.), *Historia Contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio*, Granada, Junta de Andalucía, 2000, pp. 292-293.

sociedades europeo-occidentales del primer tercio del siglo xx. En segundo lugar, la emergencia de un poderoso fenómeno de descampesinización y el surgimiento de la ciudad industrial como polo de atracción para las nuevas generaciones de jóvenes campesinas. Y en tercer y último lugar, la conjugación de varias corrientes de desestabilización de la sociedad agraria tradicional europea desde fines del siglo xix y comienzos del siglo xx, entre las que cabe mencionar las siguientes. De un lado, la modernización y mecanización de las prácticas agrarias y la sustancial alteración de los roles desempeñados por el hombre y la mujer en las explotaciones tradicionales. Y de otro, la creciente degradación y marginalización de las tareas agrícolas femeninas y su reclusión, o bien en el entorno de las obligaciones propias del mantenimiento del hogar, o bien en la ejecución de las labores más pesadas, menos mecanizadas y más esforzadas.

Para contrarrestar la perniciosa influencia ejercida por todas estas corrientes disolventes y devastadoras del orden socio-político tradicional, los grupos sociales que respaldaban los nuevos sentimientos aflorados desde el nacionalismo organicista e integral más conservador actuaron en correspondencia con las inquietudes manifestadas por las elites políticas tradicionales, especialmente aquéllas que se sentían más directamente agredidas por los factores anteriormente descritos. La colaboración de todos ellos se tradujo en la puesta en marcha de toda una serie de estrategias de propagación ideológica y de movilización colectiva, encaminadas a difundir un nuevo discurso de exaltación patriótica instalado sobre una visión idílica de la nación, entendida como un cuerpo cohesionado e imbuido de unos principios espirituales de naturaleza esencialmente rural o agraria.⁵² Entre las aludidas estrategias, señalaremos las siguientes:

a) Gracias a la incorporación de las nuevas teorizaciones eugenésicas sobre la importancia de las políticas públicas en la regulación de las

⁵² La importancia alcanzada por la mujer en los discursos a favor de la recatolización y la preservación de los principios esenciales del nacionalismo corporativista, tradicionalista y conservador ha sido destacada, entre otros autores, por Inmaculada Blasco Herranz. Véase: Inmaculada Blasco Herranz, "Mujeres y Nación: Ser Españolas en el

prácticas reproductivas de la sociedad, comenzó a difundirse entre amplios estratos de los grupos sociales más conservadores la creencia en la necesidad de promover la reproductividad de los grupos sociales intermedios del campesinado, así como de las clases intelectualmente mejor preparadas y más capacitadas para defender la pureza de los principios espirituales y éticos del nacionalismo tradicional.⁵³ De esta manera se pretendía contrarrestar el imparable auge experimentado por el crecimiento demográfico de las clases populares, consideradas como potencialmente perniciosas y peligrosamente antinacionales, debido al intenso proceso de degradación moral, psicológica y anímica al que se habrían visto sometidas como consecuencia de los profundos trastornos derivados de los rápidos procesos de industrialización y del profundo desarraigo que tales procesos habrían desencadenado.

b) Asimismo, dentro de estas preocupaciones de naturaleza esencialmente eugenésica o de ingeniería biológica, numerosos teóricos, analistas sociales y políticos del ámbito ideológico y cultural propio del tradicionalismo nacionalista, empezaron a destacar el papel esencial que la mujer campesina debería cumplir en la realización de un amplio y vasto plan de regeneración nacional y revalorización patria.

c) La creciente exaltación de los valores agraristas y tradicionales más consustancialmente enraizados en la vida campesina, unida a la cada vez más difundida creencia en el valor demostrado por las políticas de salud pública y las doctrinas eugenésicas en los procesos regenerativos de la nación y la sociedad, condujeron a la potenciación del papel crucial desempeñado por la mujer campesina como garante imprescindible para asegurar la preservación de los valores patrios más hondamente enraizados en un sentimiento nacionalista cohesivo y purificador, que se consideraba como el más firme baluarte frente a las corrientes debilitantes y disgregadoras del socialismo, la

siglo xx", en J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Ser Españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo xx*, Madrid, RBA Editores, 2013, pp. 168-206.

⁵³ Marius Turda y Paul Weindling (eds.), *Blood and Homeland. Eugenics and Racial Nationalism in Central and Southeast Europe, 1900-1940*, Budapest y Nueva York, Central European University Press, 2007; Paul Weindling, *Health, race and German politics between national unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

democracia, el mundo urbano, los valores materiales, el individualismo o el internacionalismo antipatriótico y antinacional.

De igual manera, las experiencias bélicas sufridas por la mayor parte de los países europeos desde fines del siglo XIX, pero sobre todo las consecuencias de la gran tragedia colectiva que significó la Gran Guerra, impulsaron entre las derechas nacionalistas, autoritarias, corporativas o fascistas la constitución de amplias asociaciones patrióticas. Muchas de ellas estuvieron orientadas a fomentar una nueva ética de sacrificio a la patria y a lograr una eficaz difusión entre la población de aquellos valores espirituales más hondamente enraizados en la tradición que, mediante la apelación a la unidad orgánica de todos los componentes de la nación, mejor contribuiría a su robustecimiento. La mujer, y muy preferentemente la mujer campesina, comenzó a constituirse en un preciado objeto de movilización por parte de esas mismas sociedades patrióticas.⁵⁴

En España, pese a las peculiaridades de su proceso industrializador y pese a no haber participado en el enfrentamiento bélico de la Gran Guerra, también se registraron, con mayor o menor intensidad, muchos de los procesos descritos. Por consiguiente, también en nuestro país fue emergiendo, desde los comienzos del siglo XX, una nueva derecha nacionalista de signo integralista, organicista, corporativista, fascista y antiliberal, que concibió al conjunto del campesinado y a la mujer rural como unos específicos componentes de la población agraria altamente susceptibles de ser sensibilizados y movilizados. Fue esa misma derecha la que elevó a la mujer rural a la categoría de objeto preferente en su labor de propagación de aquellos discursos exaltadores de un nuevo ideal patriótico, asentado sobre una interpretación espiritualista y tradicionalista de la nación, capaz de contrarrestar el avance de las izquierdas marxistas y anarquistas o la amenazadora difusión del laicismo, el ateísmo, el materialismo individualista o el internacionalismo antipatriótico.

En un periodo de intenso auge de las doctrinas nacionalistas instaladas en la propugnación del conservadurismo, el agrarismo y el

⁵⁴ Elizabeth B. Jones, *Gender and Rural Modernity. Farm Women and the Politics of Labor in Germany, 1871-1933*, Surrey y Burlington, Ashgate, 2009.

tradicionalismo, concebidos como antídotos eficaces contra los estigmas disolventes y debilitadores del sentimiento patriótico gestados por la industrialización y el urbanismo, el rescate del universo de valores tradicionales encerrado en el mundo agrario, y la especial atención prestada a la mujer campesina como quintaesencia de los más profundos sentimientos identificativos del “ser nacional”, se convirtieron en poderosas armas de movilización política y social esgrimidas por un heterogéneo y abigarrado universo de formaciones políticas, asociaciones profesionales y sociedades patrióticas. Una gran cantidad de estas últimas asociaciones se mantuvo preferentemente ubicada en el amplio espectro del conservadurismo autoritario, el tradicionalismo católico o el nacionalismo integral de raíz antiliberal.⁵⁵ Los discursos difundidos desde las derechas antiliberales, católico-corporativistas o fascistas en defensa de la mujer rural se convirtieron en fuertes corrientes de pensamiento orientadas hacia su sensibilización patriótica, su movilización política y su encuadramiento en poderosas asociaciones de signo marcadamente reaccionario, anti-izquierdista e incluso antiparlamentario.

A todo lo anterior debe añadirse la importancia crucial desempeñada por el intenso atractivo ejercido sobre las jóvenes campesinas y jornaleras españolas por los empleos del sector industrial y terciario, un fenómeno muy extendido por la mayor parte de la Europa occidental que se vio promovido tanto por la rápida expansión de las grandes urbes como por el desmesurado crecimiento de las clases medias. El mencionado fenómeno facilitó la progresiva y diferenciada incorporación de las mujeres campesinas a las reflexiones y especulaciones que iban hilando numerosos teóricos, analistas sociales y políticos del ámbito ideológico y cultural propio del tradicionalismo nacionalista o el organicismo esencialista. Todas estas reflexiones contribuyeron a la edificación discursiva de un nuevo modelo de mujer rural. Dicho modelo estuvo instalado sobre la exaltación de sus intrínsecas virtudes, alcanzada mediante la sublimación del trascendental papel del que quedaron unguidas. De acuerdo con los

⁵⁵ Giorgia Piorelli y Alejandro Quiroga, “Consecrating the Fatherland. Catholicism, Nationalism and Fascism in Spain (1919-1919)”, en M. Bresciani (ed.), *Conservatives and Right Radicals in Interwar Europe*, Londres y Nueva York, Routledge, 2021, pp. 257-277.

principios sustentadores del nuevo modelo de feminidad rural al que acabamos de hacer mención, las mujeres campesinas habrían sido erigidas en las principales garantes de una reproducción regenerativa y purificadora de la raza. El enaltecimiento de las mujeres campesinas las convertiría en portadoras por antonomasia de los valores del ruralismo, el agrarismo, el catolicismo o el tradicionalismo consustancialmente necesarios para acometer con eficacia la contención de aquellas ideologías disolventes del orden rural patriarcal y tradicional que, como ocurriera con el socialismo, el comunismo o el anarquismo, se habían visto impulsadas por la industrialización o por una acelerada urbanización.

Los mencionados discursos del agrarismo tradicionalista y conservador de la mayor parte de la Europa occidental comenzaron a destacar, desde la década de los ochenta del pasado siglo XIX, el papel esencial que la mujer campesina debería cumplir en la realización de un amplio y vasto plan de regeneración nacional y revalorización patria. La elevada consideración de los principios éticos del agrarismo y el tradicionalismo más hondamente enraizados en la vida campesina, unida a la cada vez más difundida creencia en la valía demostrada por las políticas de salud pública y las doctrinas eugenésicas en los procesos regeneradores de la nación y la sociedad, condujeron a la exaltación del papel crucial desempeñado por las mujeres campesinas en mitad de una coyuntura histórica juzgada como trascendental y amenazante. La gestación del denominado discurso “nacional-ruralista” contribuyó poderosamente a la sublimación de los fundamentos éticos del conservadurismo y la moral cristiana tradicionalmente asociados a la mujer campesina, erigiendo a esta última en la principal protagonista del medio rural encargada de asegurar la preservación de los valores patrios más intensamente enraizados en un sentimiento nacionalista de carácter organicista, cohesivo y purificador.⁵⁶

⁵⁶ Un fenómeno de similares características, consistente en la trabajosa elaboración de un discurso político preocupado por la exaltación de la mujer rural y su consideración como el principal agente portador de los valores del tradicionalismo, el ruralismo y el conservadurismo que deberían hacer frente a los procesos disolventes y debilitantes del tradicional orden social que se vieron acelerados por la industrialización y la modernidad, puede consultarse en Elizabeth B. Jones, *Gender and Rural Modernity...*, *op. cit.*

LOS ORÍGENES DEL DISCURSO NACIONAL-RURALISTA Y AGRARISTA
EN LA ESPAÑA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Desde comienzos del siglo xx, la mujer rural española comenzó a ser juzgada y reconocida como fundamental en el proceso de preservación de los valores patrios más tradicionales por parte de un abultado número de observadores, propagandistas, analistas, sociólogos y científicos sociales más o menos adscritos al ámbito ideológico del fundamentalismo católico y el nacionalismo conservador. Tras superarse la crisis agraria finisecular había aumentado la integración del mercado nacional, la especialización agraria regional y el grado de mercantilización de las explotaciones. Aunque el panorama agrícola era, a la altura de los años veinte y treinta del pasado siglo xx, muy diverso –mientras los subsectores vinícola, hortofrutícola, ganadero y remolachero se renovaban técnicamente y experimentaban una clara expansión, los cultivos cerealistas del interior de España y buena parte de Andalucía siguieron dependiendo de los salarios bajos y el proteccionismo arancelario para ser viables– el crecimiento del producto agrario, que era uno de los principales hilos conductores de los cambios indicados, mantuvo una probada persistencia y una notable constancia hasta la década de 1930.

Este dinamismo de la economía agraria española estuvo acompañado de profundas mutaciones en la sociedad rural. Unas fueron el resultado acumulativo de tendencias a largo plazo, como el crecimiento del grado de alfabetización de la población asentada en el campo o el aumento de la movilidad interior y exterior posibilitado por el desarrollo de las redes de transporte. Algunas otras estuvieron determinadas por factores coyunturales más directos e inmediatos, como por ejemplo, las recesiones cíclicas padecidas por distintos subsectores agrícolas como consecuencia de la periódica saturación de los mercados. Los fenómenos aludidos dieron paso, de un lado, al éxodo rural a las ciudades y las regiones más industrializadas del país o de las posesiones ultramarinas, y de otro, a un mayor dinamismo en el mercado de la tierra y, junto con él, a los constantes vaivenes experimentados por la pequeña propiedad, así como a la extensión de nuevas figuras contractuales en el seno de los mercados laborales

agrícolas. Finalmente, otra causa de las mutaciones que se registraron en el campo español en las fechas indicadas estuvo motivada por la progresiva movilización y politización de segmentos crecientes de la sociedad rural, especialmente a partir de la “crisis del 98”. Desde la derrota española en la guerra hispano-norteamericana proliferaron discursos plurales sobre la sociedad rural que denunciaban los males del campo y las penurias de sus moradores. El tono pesimista de la época inundó la opinión pública. Tanto en la prensa como en los medios políticos aparecieron voces críticas que empezaban a cuestionar los proyectos e instituciones del Estado liberal. En el caso concreto de la agricultura, una destacada figura como la de Joaquín Costa, reclamaba la modernización generalizada del sector y el fin de la agricultura tradicional, incluidos los abusos caciquiles y oligárquicos.⁵⁷ La aparición, desde entonces, de asociaciones reivindicativas, o simplemente autónomas, de cultivadores –propietarios o arrendatarios– y jornaleros, dieron vida a la “cuestión agraria” o al “problema agrario” español.

El avance por buena parte de la geografía rural española de movimientos huelguísticos inspirados por unas ideologías revolucionarias cada vez más asentadas en las áreas con un indudable predominio de la gran propiedad rústica,⁵⁸ y el temor que dicho avance generó entre la clase política, constituyeron la base del “giro ruralista” del ambiente intelectual y de las fuerzas políticas de los años que siguieron al “Desastre”. La principal novedad que se derivó de aquel giro fue la adopción de una política “regeneracionista”. Frente a la política represiva que los gobiernos dinásticos exhibieron hasta ese

⁵⁷ Algunos otros destacados estudiosos y políticos españoles, preocupados por el fomento de la agricultura y la mejora integral de las condiciones de vida o el desarrollo cultural de la población rural, precedieron a Costa en el señalamiento de los males que aquejaban nuestro sector primario. Uno de ellos fue Fermín Caballero. Algunas aproximaciones a su obra y pensamiento pueden consultarse en: José Ramón Urquijo-Goitia y Ángel Paniagua, “Entender a Fermín Caballero. Poder, política y espacio rural en el siglo XIX”, *Historia Agraria*, 53 (2011), 43-71; Antonio Vallejos Izquierdo, “Fomento de la población rural” de Fermín Caballero: Ciencia Social y Gobierno”, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 29 (2014), 215-257.

⁵⁸ Francisco Cobo Romero, “The Red Dawn’ of the Andalusian Countryside. Peasant Protest during the ‘Bolshevik Triennium’, 1918-1920”, en F. J. Romero Salvadó y A. Smith (eds.), *The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship, 1913-23*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 121-144.

momento para contener las acciones “subversivas” del campesinado español, desde la primera década del siglo xx la “cuestión agraria” comenzó a enfocarse mediante la incorporación de un programa de intervenciones públicas que se inspiró en el reformismo social. La fuerza fue sustituida entonces, aunque la maquinaria represiva y coactiva del régimen de la Restauración nunca dejase de actuar, por el “ingenierismo social”. En la España de la derrota humillante frente al imperialismo norteamericano arraigaron con fuerza las demandas que exigían acometer la modernización de la sociedad rural, toda vez que se había constatado su fracaso –simbolizado en Castilla–, dando “un golpe de timón” a la política agraria. Tanto los productores agrarios, cada vez más movilizados, como buena parte de la clase política, imbuida del discurso regeneracionista difundido por la literatura ensayística y novelística de la época, eran conscientes que las respuestas a ambas demandas no podían venir de la mano de las viejas políticas liberales. Estas se presentaban, a la altura de 1900, como prácticas consideradas caducas e inútiles para emprender un viraje reclamado como necesario y urgente.

El comienzo del final de la sociedad liberal-rural tradicional decimonónica empezó a escribirse, pues, con una nueva letra. El regeneracionismo y el reformismo social colocaron a la sociedad rural, la quintaesencia de la nación, en el eje de su análisis. Al igual que ocurriera en otros países europeos, en España se multiplicaron los escritos que oponían la ciudad, conceptuada como degradante, cosmopolita y desarraigada, a un campo que constituía, desde un punto de vista biológico y cultural, el semillero de la vitalidad racial y el principal sostén de la prosperidad económica.⁵⁹ La modernización del agro español, entendida en un sentido de mejora del capital humano y de aumento de la tecnificación de las labores agrarias, se convirtió en la clave para superar el “atraso secular” con el que muchos tachaban la situación de la agricultura y del campesinado

⁵⁹ Consúltese: Hans-Jürgen Puhle, “Lords and Peasants in the Kaiserreich”, en R. G. Moeller (ed.), *Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History*, Londres, Sidney, Allen and Unwin, 1986, pp. 81-109; James Retallack, *Notables of the Right. The Conservative Party and Political Mobilization in Germany, 1876-1918*, Boston, Unwin Hyman, 1988; Elizabeth B. Jones, *Gender and Rural Modernity...*, *op. cit.*

en aquel *fin de siècle*. Conservadores y liberales articularon entonces soluciones inéditas, procedentes tanto de la ingeniería agrónoma, que vio crecer su prestigio desde el cambio de siglo entre la comunidad científica española, como de otras corrientes de pensamiento que abogaban por el fomento de la pequeña propiedad para garantizar, por un lado, la formación técnica y económica del campesinado, y por otro, el aumento de la producción y la solidificación del deseado consenso social.

Numerosas propuestas envueltas en un lenguaje pragmático y científicista terminaron conformando un programa de intervenciones públicas. Justamente, en el análisis de este “programa de soluciones”, hallamos el interés que despertaron las campesinas para las autoidades del país. Ellas y la economía doméstica pasaron a formar parte esencial y activa, desde los albores del mencionado siglo xx, de las políticas con las que se trató de hacer frente a la denominada “cuestión agraria”. Las campesinas se constituyeron en pieza clave de la política regeneracionista encaminada a la modernización de la sociedad rural. Así lo vemos reflejado en cuantos estudios fueron realizados por los ingenieros agrónomos de la época. Aquellas mujeres campesinas ocuparon un capítulo importante en las investigaciones de estos expertos. Según se indicaba en sus trabajos, esas mujeres eran esenciales para garantizar la buena marcha de la agricultura familiar. Su participación en las pequeñas y medianas explotaciones familiares contribuiría a resolver los problemas sociales y económicos que aquejaban al campo. Su trabajo garantizaría la supervivencia de dichas explotaciones, lo cual favorecería la restauración de la estabilidad social, devolviendo a los campos españoles la paz y la armonía quebradas por las múltiples mutaciones anteriormente señaladas. Además, el trabajo de las mujeres campesinas generaría estabilidad y prosperidad económica, pues permitiría incrementar el ahorro agrario para que posteriormente pudiese ser transferirlo hacia los sectores económicos de la industria y los servicios.

De esta forma las mujeres rurales pasaron de ser actores históricos invisibles a regentar un destacado lugar en el panorama político nacional. Al igual que los agricultores y campesinos, aquellas mujeres se convirtieron en protagonistas de los discursos políticos de la España

del primer tercio del siglo xx. Especialmente de aquellos discursos con una tonalidad esencialmente tradicional y “ruralista” que consiguieron y difundieron las culturas políticas conservadoras, católicas y antiliberales en las décadas que precedieron a la guerra civil, como medio para amortiguar los perturbadores efectos causados por la emergencia de las masas en la política que habían propiciado tanto el éxodo rural como el avance de la industrialización.⁶⁰ Se trataba de un fenómeno que, íntimamente unido a la idea del *Heimat* y la exaltación de la centralidad ocupada por las variedades culturales del localismo en la definición de la identidad nacional, centró su mirada en los paisajes, las tradiciones populares, el rico y variado folclore regional, los ritos ancestrales, las lenguas y los dialectos. Todos ellos fueron concebidos como los principales elementos que componían las características de unas comunidades en trance de desaparecer, y que se consideraron reflejos de un *Volksgeist* inalterable.⁶¹ Un fenómeno que vendría asociado a la progresiva nacionalización de los valores naturales llevada a cabo por los emergentes Estados nacionales europeos y por los diferentes movimientos regionalistas.⁶²

La retórica de este discurso “nacional-ruralista” no estaba dirigida exclusivamente a los hombres del campo. Para el “nacional-ruralismo”

⁶⁰ Juan Pablo Fusi, “La crisis de la conciencia europea”, en M. Cabrera, S. Juliá, P. Martín (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991, pp. 327-342.

⁶¹ Al respecto, Celia Applegate, *A Nation of Provincials. The German Idea of Heimat*, Berkeley, University of California Press, 1990 y Alon Confino, *The Nation as a Local Metaphor. Württemberg, Imperial Germany and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997. Una aproximación a la instrumentalización política de la «patria local» en España y Alemania, Xosé Manoel Núñez Seixas y Maiken Umbach, “Hijacked Heimats. National appropriations of local and regional identities in Germany and Spain, 1930-1945”, *European Review of History*, 15 (3), (2008), 295-316. Respecto a la literatura regional caracterizada como modernismo casticista véase: José Luis Calvo Carilla, *Escritores aragoneses de los siglos XIX y XX*, Zaragoza, Rolde, 2001. La explosión violenta de este modelo provinciano/totalitario en Javier Ugarte Tellería, *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

⁶² Para el caso alemán y entre una extensa bibliografía, puede consultarse el análisis historiográfico de las aportaciones más recientes que efectúa David Motadel, “The German Nature Conservation Movement in the Twentieth Century”, *Journal of Contemporary History*, 43 (1) (2008), 137-153. Véase también: Thomas M. Lekan, *Imagining the Nation in Nature. Landscape Preservation and German Identity, 1885-1945*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2004.

todos los habitantes del mundo rural, y por tanto, también las campesinas, estaban llamados a formar parte del “esfuerzo colectivo” —expresión y concepto relevante cargado de propuestas políticas ultranacionalistas y fascistas— que debía emprender la nación para alcanzar el engrandecimiento y la prosperidad futura de la patria. En este sentido el “nacional-ruralismo”, pese a su naturaleza anti-feminista, mostró un gran interés por las mujeres rurales. Hacia las campesinas manifestó un claro afán adoctrinador, propagandístico y movilizador. Su pretensión principal era mantener fijada a la mujer rural en el campo y en el hogar. Pretensión que atendía, como hemos advertido antes, a intereses muy diversos. Desde los puramente políticos y económicos, a los religiosos y culturales.

Para contrarrestar la perniciosa influencia ejercida por todas las corrientes disolventes y debilitadoras del orden socio-político tradicional a las que ya hemos hecho referencia, los grupos sociales que respaldaban los nuevos sentimientos aflorados desde el nacionalismo organicista e integral más conservador actuaron en correspondencia con las elites políticas tradicionales que se sentían más directamente agredidas por los factores anteriormente enumerados. La colaboración de todos ellos se tradujo en la puesta en marcha de toda una serie de estrategias de propagación ideológica y de movilización colectiva encaminadas a difundir un nuevo discurso de exaltación patriótica instalado sobre una visión idílica de la nación, entendida como una entidad biológica homogénea y unificada, imbuida de unos principios espirituales legados por una tradición firmemente arraigada en una serie de rancios valores predominantemente agrarios.

La exaltación de los valores del agrarismo y el tradicionalismo más consustancialmente enraizados en la vida campesina condujo a la sublimación del papel crucial desempeñado por la mujer rural en la preservación de los más hondos valores de la raza hispana. El pensamiento católico-tradicionalista y el agrarismo conservador comenzaron a considerarla como el principal agente encargado de asegurar la preservación de los valores patrios más hondamente enraizados en un sentimiento nacionalista cohesivo y purificador, considerado como el más firme baluarte frente a las corrientes debilitantes y disgregadoras del socialismo, la democracia, el mundo

urbano, los valores materiales, el individualismo o el internacionalismo antipatriótico y antinacional.

Para ello, se entendió como una necesidad imperiosa la propagación de la enseñanza entre la población rural. La acción educativa se encaminó, muy especialmente, a formar labradoras instruidas e inteligentes, conscientes de su importantísimo papel en la gestión de una explotación agrícola, y dotadas de todas las condiciones y habilidades para dirigir y administrar la casa pero también para secundar activamente al hombre del campo en todos los trabajos. Los ingenieros agrónomos, así como un destacado grupo de insignes pedagogos y legisladores, llegaron a la conclusión de que, con una buena formación profesional, las hijas de los propietarios, arrendatarios y obreros agrícolas abandonarían todos los deseos de dejar el campo y marcharse hacia los centros urbanos, obligando, de paso, a los hombres, a permanecer en sus lugares de origen. Como “trabajadoras responsables”, garantizarían el arraigo a la tierra, al tiempo que contribuirían poderosamente a labrar la felicidad y el bienestar del hogar rural, fomentando así el desarrollo agropecuario.

El agrarismo político emergente en la España de comienzos del siglo xx también incluyó a las mujeres agrarias en su programa, convirtiéndolas en las principales destinatarias de sus planteamientos reivindicativos: “En el movimiento que empieza a iniciarse en España debe no olvidarse que la mujer ocupa un lugar de preeminencia innegable, y que fomentar y desarrollar la educación de la mujer agrícola, juntamente con la enseñanza general agraria, deben ser los primeros cuidados de quienes están encargados de encauzar y dirigir el espíritu agrícola del país”.⁶³

A tenor de los excelentes resultados obtenidos por los países de nuestro entorno, algunos políticos agraristas españoles se convirtieron en grandes defensores de la enseñanza de las jóvenes del campo. Para el senador Luis Redonet y López Dóriga la educación “señoril” que recibían las hijas de los labradores en conventos, colegios y liceos era “perfectamente inútil”. Había que reaccionar contra esa estéril

⁶³ *Diario de Córdoba de comercio, industria, administración, noticias y avisos*, Año LIV, n.º 18028, 5-VI-1909, p. 2.

formación en piano, moda, dibujo, idiomas, literatura, etc. “¡Menos piano y más campo!”,⁶⁴ era lo que precisaba, a su entender, la mujer campesina. Es por ello que se mostró partidario de establecer la enseñanza agraria como obligatoria en todos los colegios femeninos –siguiendo el ejemplo de Inglaterra, pero también el de Alemania, Francia y Bélgica–, “para despertar en ella el amor al campo y capacitarla para la dirección de una granja y evitar su huida a la ciudad”.⁶⁵

No era él el único que pensaba de esa manera. El diputado gallego, José Sánchez Anido, señalaba en 1922: “La causa del éxodo rural y del atraso de los labriegos está, en muy buena medida, en la ignorancia de la mujer campesina”.⁶⁶ Esta afirmación la dejaba expuesta en su libro *Educación campesina*, un trabajo en el que dedicaba un amplio capítulo a la “Enseñanza agrícola de la mujer”.⁶⁷ El libro del conde de San Antonio propugnaba la necesidad perentoria de la formación profesional de las campesinas como el mejor medio “para asegurar para siempre el progreso agrícola del país”.⁶⁸ Daba también justa preferencia a las cátedras ambulantes, aunque también reclamaba con inflamada fe patriótica a las autoridades para que pusieran los jalones de la enseñanza agrícola femenina en todos los niveles del sistema educativo –primario, medio y superior–: “Quien establezca en España, no en el papel, sino dándole vida real, la enseñanza agrícola para la mujer, merecerá la gratitud del país”.⁶⁹

Los legisladores restauracionistas, persuadidos por los éxitos de las experiencias europeas, comenzaron a adoptar medidas en las que, por primera vez y de forma específica, se atendía a la formación teórico-práctica de las jóvenes. En este sentido, en 1907 se promulgó el Real Decreto de 25 de octubre sobre la *Organización central de los*

⁶⁴ La expresión “Menos piano y más campo” fue formulada por José Rosell en un artículo realizado para la sección denominada: “Veladas rurales de educación popular y agrícola”, de la revista *El Progreso agrícola y pecuario*, 476, 22-III-1906, p. 164.

⁶⁵ Luis Redonet y López Dóriga, *Política agraria (conferencia pronunciada el 29 de enero)*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1916, p. 34.

⁶⁶ José Sánchez Anido, *Educación campesina*, Madrid, Imprenta de Perlado, Páez y C^a. Quintana, 1922, pp. 141-142.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 141-173.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 142.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 173.

servicios de Agricultura y Ganadería.⁷⁰ Diez años más tarde, en agosto de 1917, se aprobó un nuevo Real Decreto. Esta última disposición contemplaba la enseñanza de la mujer a través de las cátedras ambulantes. Pretendía, a través de ellas, perfeccionar sus conocimientos agrícolas a fin de que “por la práctica —en condiciones productivas y modernas— de las industrias sericícola, avícola, apícola y otras semejantes, contribuyera al aumento de los rendimientos del patrimonio familiar, empleando sus actividades en funciones adecuadas a su sexo y en alto grado fomentadoras del bienestar de la familia”.⁷¹

No fue, sin embargo, hasta la dictadura del general Primo de Rivera cuando la enseñanza agrícola de las mujeres campesinas recibió un importante impulso. En esos años se trataron de imitar los proyectos emprendidos por países como Bélgica. La intención no era otra que, de un lado, revitalizar el papel de la mujer en la agricultura como un factor decisivo del proceso de modernización y aumento de la producción del sector agrícola. Su temprana educación, en la escuela primaria, contribuiría a ese proceso y frenaría su salida del campo y de la aldea.⁷² Para ello, y revestidas de un discurso patriótico y exaltador de la vida y de las virtudes del campo, se adoptaron medidas como las que indicamos a continuación. Se potenció la figura del maestro y la maestra especialista en una serie de contenidos que podemos considerar englobados dentro de la formación profesional rural. Para el nuevo régimen, los maestros y las maestras rurales tenían la “noble misión de forjar el alma de la campiña. De formar las juventudes de los pueblos y las aldeas. Formación familiar, agrícola, moral y social”.⁷³ El Gobierno emprendió también la reforma de la escuela rural primaria. En los planes de estudios de los niveles inferiores del sistema educativo, introdujo la enseñanza de nociones de agricultura para los niños, y de economía doméstica agraria para las niñas. La escuela debía iniciar la formación profesional del labrador y su compañera tempranamente, procurando que los niños y la

⁷⁰ *Gaceta de Madrid*, 304, 31-X-1907.

⁷¹ *Gaceta de Madrid*, 222, 10-VIII-1907, pp. 390-400.

⁷² Agustín Nogués Sardá, “El campo escolar agrícola”, *La Tierra. Órgano de la Federación de Sindicatos Católico-Agrarios de Córdoba*, 92, 15-IX-1925, pp. 1-3.

⁷³ *Ibidem*, pp. 1-3.

niñas saliesen de la escuela despegados de la rutina, “con el espíritu abierto a toda innovación, instruidos en las verdades primordiales de la Ciencia Agronómica moderna, con espíritu y hábitos de observación razonados, y preparados para entender y aprovechar los consejos y las experiencias de los agrónomos y los vulgarizadores científicos. Y si con esto lograra el maestro que el niño rural sintiera las satisfacciones y alegrías que proporciona la vida del campo; si consiguiera que se encariñara con la tierra, la bendita tierra que lo vio nacer, habría realizado la obra más hermosa y patriótica que la sociedad puede pedirle”.

En el quinquenio 1925-1930, y especialmente durante 1927, la Administración central impulsó fundamentalmente los aprendizajes agrícolas más especializados para ambos sexos, introduciendo las enseñanzas de viticultura en 20 escuelas nacionales de la provincia de Toledo; las de apicultura en 37 instituciones educativas de 24 provincias españolas; las de avicultura en 31 colegios rurales de Castilla, León, Cataluña y Madrid; y las de sericultura en 400 centros primarios, muy repartidos por toda la geografía española, aunque con predominio de la zona levantina (Castellón, Alicante y Murcia) y el sureste de España (Granada). Asimismo, aprobó un Real decreto el 26 de junio de 1924, referente a las escuelas agrícolas ambulantes para la enseñanza teórico-práctica de los y las jóvenes que habitaban la geografía rural española.⁷⁴

En líneas generales, todas estas intervenciones de la administración estatal en la configuración del modelo de enseñanza rural y agrarista proyectaban una visión tradicional de la mujer en su función de esposa y madre, base de la familia y relegada al espacio doméstico. El hogar y la familia constituían el centro de la actividad femenina, en tanto la mujer era vista como reproductora biológica y social por antonomasia. La maternidad fue entendida como una función política y un medio decisivo para la recuperación demográfica y de la raza. Es esta imagen la que impregnó las políticas educativas dirigidas a la mujer rural, y el fin primordial fue contribuir al asentamiento de la familia campesina,

⁷⁴ *La Tierra. Órgano de la Federación de Sindicatos Católico-Agrarios de Córdoba*, 107, 30-IV-1926.

evitando el odiado éxodo rural. Las actividades difundidas entre las amas de casa del medio rural podían considerarse una extensión del trabajo doméstico cotidiano afianzando y extendiendo a su vez las explotaciones de tipo familiar, sin perjuicio de su coexistencia con los grandes latifundios. La mujer rural fue interpelada pues como centro de la familia campesina, considerada esta como base de la sociedad, pero también como portadora de nuevos valores y como colaboradora en la producción de la explotación agrícola para lograr el máximo rendimiento con los elementos a su alcance.

Así pues, y para concluir, señalaremos cómo en un periodo de intenso auge de las doctrinas nacionalistas instaladas en la propugnación del conservadurismo, el agrarismo y el tradicionalismo —concebidos como antídotos eficaces contra los estigmas disolventes y debilitadores del sentimiento patriótico—, el rescate del universo de valores tradicionales encerrado en el mundo agrario, y la especial atención prestada a las mujeres campesinas como quintaesencia de los más profundos sentimientos identificativos del “ser nacional”, se convirtieron en poderosas armas de movilización política y social esgrimidas por un heterogéneo y abigarrado universo de formaciones políticas, asociaciones profesionales y sociedades patrióticas preferentemente ubicadas en el amplio espectro del conservadurismo autoritario, el tradicionalismo católico o el nacionalismo integral de raíz antiliberal. Los discursos difundidos desde las derechas antiliberales, católico-corporativistas o fascistas en defensa de la mujer rural se convirtieron en fuertes corrientes de pensamiento orientadas hacia su sensibilización patriótica, su movilización política y su encuadramiento en poderosas asociaciones de signo marcadamente reaccionario, anti-izquierdista e incluso antiparlamentario.

